RELATOS

SOBRE - LA

GUERRA DE LOS MIL DIAS

Y

OTROS ARTICULOS

MATEO F. ARAUZ

RELATOS

SOBRE LA

"GUERRA DE LOS MIL DIAS"

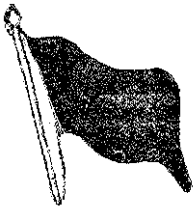
Y

OTROS ARTICULOS

PANAMA, R. DE P.

ESTRELLA DE PANAMA

1951



EL TOQUE DE LLAMADA

(Por Miguel Pérez Triana)

Ese pendón que en el espacio flota
en asta ennegrecida, medio rota,
es el pendón de los antiguos días.
Veterano del fuego y la batalla,
en sus pliegues la brisa de metralla
presagia redentoras profesías.

Rasgado como herido, sus jirones,
cual iris entre negros nubarrones,
en medio al humo del combate ondea,
y su destello tricolor se inflama
del impasible sol bajo la llama
que en avivar sus tintes se recrea.

A su sombra lucharon los mayores
de la patria en sus prístinos albores
ricos en sangre, en heroísmo, en gloria;
el aliento que sopla de esos días
despierta las latentes energías
y nos llama a la muerte o la victoria!

Hoy a los vientos lo tremola ufano
un viejo luchador, de cuya mano
sólo la muerte arrebatarlo puede;
la frente al sol, a la metralla el pecho,
en defensa del pueblo y del derecho,
ni tiembla, ni vacila, ni concede!

Por el santo ideal, por nuestros muertos
que yacen insepultos en desiertos,
a do llevólos, tristes, la fortuna;
por las generaciones del mañana;
por la humillada dignidad humana;
por los niños que duermen en la cuna...

Por el futuro, cuyo molde ardiente
surge de las entrañas del presente;
por la herencia bendita del pasado;
por la ley, por la causa y por la idea;
ocupad vuestro puesto en la pelea,
venid en torno del jirón sagrado!

No crece el grano en el cavado suelo
si no lo baña con su riego el cielo,
si con su llama el sol no lo fecunda;
así la mies de la libertad no brota
sino a riego de sangre del patriota,
si el sudor del patriota no lo inunda.

Si ha de ser todo esfuerzo temerario,
y si no hay redención tras del Calvario,
arrojad a las llamas la bandera;
que, extinto, cual sus muertos defensores,
no sirvan, mancillados sus colores,
de trofeos al déspota que impera!

Si la mano de Dios nos abandona,
si tiranos sin cetro ni corona,
nos dan por ley sus odios y sus sañas,
que queden solos en el patrio suelo
que solos con su crimen bajo el cielo
devoren éllos mismos sus entrañas.

Así sucumban! Al clarín de guerra
mañana de los senos de la tierra
brotarán como hierba los soldados.
La semilla de sangre dará fruto,
y el tricolor se cubrirá de luto
por los muertos al fin glorificados!

NOTA: (Esta bella poesía la escribió el gran Doctor Pérez Triana, poco antes de empezar la Guerra de "Los Mil Días", en el año de 1899, y es con mucho gusto como la reproduzco aquí). M. F. A.

ULTIMOS SUCESOS DE LA "GUERRA DE LOS MIL DIAS" EN EL ISTMO

I

El Tratado del "Wisconsin", que puso fin a la llamada "Guerra de los Mil Días", como es generalmente sabido, se firmó el día 21 de Noviembre de 1902, es decir que el próximo 21 de Noviembre se cumplirán cuarentisiete años de tal suceso que constituyó, para los que nos hallábamos formando parte del victorioso "Ejército Unido del Cauca y Panamá", comandado por el General Benjamín Herrera, un acontecimiento de sorprendentes magnitudes. Porque, a decir verdad, todos los que habíamos concurrido al asedio de Aguadulce, en donde el fuerte Ejército allí encerrado, del general Morales Berti, se rindió, tras largo y heróico batallar a las huestes de Herrera, no ansiábamos sino el avance victorioso hacia la capital: Panamá. Y así sucedió en efecto; pues, inmediatamente concluído aquel hecho de armas y hecha la reorganización necesaria fueron impartidas las órdenes de marcha de todo el Ejército; unos por tierra, otros por mar, y fué así como, mientras varias Divisiones y Escuadrones, junto con la Artillería emprendieron el avance por el camino de tierra, otras Divisiones siguieron embarcadas desde el Puerto de Aguadulce con destino al de La Chorrera; entre éstas la 4a. División comandada por el general Ramón Buendía, de la cual yo formaba parte como 2o. Jefe de un Batallón. Todos íbamos en varios veleros al remolque de "La Boyacá", el "Cauca" y la gasolina "Aùrora", cuando ya cerca de la Punta de Chame, se apareció de súbito el cañonero del Gobierno "Chucuito", comandado por el general Esteban Huertas y nos cortó la marcha, tras furiosa batalla naval, en la cual, "La Boyacá", atacada sorpresivamente no tuvo tiempo para prepararse a combatir, y sólo si tuvo tiempo para cortar los cabos del remolque, recibiendo

los tiros certeros del buque enemigo, sufriendo serias averías y numerosas bajas de muertos y heridos, viéndose libre de ser hundido debido a la eficaz asistencia del pequeño "Cauca". Los veleros quedamos al garete y hubimos de desembarcar, inopinadamente, unos en San Carlos y otros (nosotros) en La Yeguala, hoy Nueva Gorgona, viéndonos obligados a seguir también por tierra hasta la población de La Chorrera.

De aquí, tras breve descanso, se nos ordenó marchar hacia "El Aguacate", una hacienda de don Ricardo Arias y, cuando ya íbamos a mitad de camino, se nos dió orden de regresar o sea contramarchar hacia el punto de partida.

¡Qué contrariedad y qué desilusión para nuestros entusiasmos!.... Luego, División tras División, fueron desfilando para atrás a sus respectivos destinos indicados previamente. A la nuestra, a la 4a. División, la mandaron a ocupar la plaza de Penonomé. Nosotros no sabíamos —ni podíamos saberlo— la causa de semejantes movimientos de marchas y contramarchas. Al soldado en campaña no le es dado averiguar ni investigar las órdenes: le toca sólo cumplirlas!

Pero era que algo se movía entre bastidores. Como he dicho arriba nos encaminamos hacia Penonomé, adonde llegamos tras marcha asaz penosa y allí permanecimos acantonados —pudriéndonos de inacción—, hasta el día 23 de Noviembre cuando nos llegó la noticia —nos cayó como una bomba!— de haberse firmado el dichoso Tratado del "Wisconsin".

NOTA: En el siguiente artículo, o sea la continuación de este relato histórico, diré cómo fué la marcha hasta San Carlos y los acontecimientos sucedidos allí, inclusive el tan sonado incidente del General Victoriano Lorenzo como yo lo capté.—M. F. A.

II

Antes de continuar este relato, quiero consignar, de paso, un hecho personal, y es que yo estuve, durante el sitio de Aguadulce, en los lados de "Pozo Azul", como 2o. Jefe del Batallón "Tiradores de Chiriquí"; y así fuí en el avance que he descrito hasta La Chorrera; pero, en una reorganización habida allí, dicho batallón fue desligado de la 4a. División

y yo fuí trashumado, con el mismo rango, al batallón "Ricaurte", comandado por el Coronel Luis M. Rosero, de dicha División y en tal carácter regresé y me mantuve hasta el fin. Jefe de Estado Mayor de la División, lo era el Coronel Eduardo Ortiz, natural de Barbacoas, Cauca, y eran ayudantes entre otros que recuerdo, el Capitán José María Lince y el Teniente José de la Cruz Grimaldo. Capitán Ayudante mío, el Capitán Mayor Manuel Salvador Ornano; Inspector General, el Coronel Rosendo Herrera, distinguido chiricano, y médico, el Dr. Joaquín P. Franco, gran orador y literato cartagenero.

Muchos incidentes y anécdotas de los que comúnmente se suceden en los movimientos y ajetreos de los Ejércitos en marcha, podría citar o referir; pero, a más de apartarse del fin que me preocupa, podría dar pábulo a la malicia para juzgar que entra en juego la inventiva o el sofisma para distraer. Así, pues, paso a narrar los hechos ciertos.

Dejo dicho arriba que ALGO se movía entre bastidores, cuando me refería a las marchas y contramarchas que sin resultado provechoso nos hacían ejecutar, y a ello voy a referirme:

Cuando estábamos ya acantonados en Penonomé, haciendo vida rutinaria de cuartel, aislados de toda comunicación con la vida exterior, languideciendo por la escasez de elementos de subsistencia (sólo carne, yuca, etc., se conseguían) y de medicinas para atender a los muchos enfermos que teníamos a diario; sin Cruz Roja ni hospital para alojar éstos. La "brasa" una úlcera infecciosa que hizo estragos en la tropa y la oficialidad y no había remedio efectivo para combatirla; cuando todo esto nos afligía, llegaban, sin embargo, con personas que por ahí pasaban, procedentes del Estado Mayor Generalísimo, sensacionales y alentadoras noticias como: "que se estaba preparando una nueva ofensiva hacia Panamá"; "que se planeaba transportar todo el Ejército hacia el Cauca para continuar la campaña allá; en fin, tántas y tántas bolas rodaban, hasta que al fin vino la última que ya no fué BOLA!: "Se firmó el TRATADO!"....

Cabe aquí volver al tema principal, sea la verdadera causa de la desintegración y desbande del gran "Ejército

Unido del Cauca y Panamá." El "hilo del ovillo" nos lo dará lo que voy a copiar a continuación del libro "Memorias de la Guerra de los Mil Días", del Dr. Lucas Caballero, Jefe de Estado Mayor Generalísimo, de dicho Ejército:

Copio:

Página 347.

"Perdida la esperanza de una conclusión patriótica "del conflicto, Herrera concibió un plan militar más ambicioso respecto de una solución definitiva y en su desarrollo puso todo su entusiasmo avivado por la fé que le inspiraban su genio y su venturosa estrella militar. Ese plan me lo expuso en esta forma".

.....

.....

Página 349.

"El movimiento tiene que hacerse por Bocas del "Toro y disponemos de medios para procurar cortinas militares que lo oculten, tanto respecto de la traída de contingentes que tenemos en la costa del Cauca, como de la concentración de todo el Ejército en el embarcadero. De allí nos dirigiremos probablemente al Sinú, que me parece el sitio más apropiado para orientar la campaña hacia donde nos dé resultados más rápidos y decisivos."

"Y de nuevo le advierto. Este plan debemos mantenerlo en secreto respecto del Ejército y aun de nuestros principales jefes. Pero no podemos dejarlos sin qué hacer y sin distracción y hay que interesarlos en algo que los entusiasme, aunque usted conoce los peligros internacionales de una campaña sobre Colón y Panamá, formule un plan de movimiento bélico sobre esas ciudades, *haga preparar las Divisiones de avanzada, que eso lo detendremos en el momento oportuno.*" (Yo subrayo).

"Estábamos con los cinco sentidos, y en reserva absoluta" (sin embargo se filtraban las *bolas*, yo comento) entregados a aquellas diligencias cuando inesperadamente llegó a nuestro cuartel general una nota del almirante americano Silas Cassey, diciendo que había propuesto al Gobierno colombiano su mediación y que había sido aceptada, para que en el terreno neutral de un acorazado a su mando, se reuniera una conferencia de

los altos Jefes de las partes contendoras, con el objeto de procurar algún acuerdo, que pusiera fin a la guerra."

"Herrera aceptó la invitación y pocos días después nos dirigimos al "Wisconsin" con el doctor Eusebio A. Morales, para debatir el asunto."

Hasta aquí lo pertinente al origen de la terminación de la Guerra, como lo ha historiado el Gral. Caballero.

III

He manifestado ya que el día 23 fuímos sorprendidos con la monumental noticia de la celebración del Tratado a bordo del acorazado "Wisconsin"; me falta, pues, dar a conocer que enseguida nuestro Estado Mayor dictó la Orden General disponiendo que la División se preparara para marchar hacia el puerto de San Carlos, el día 25, para lo cual dispondríamos de todo el día 24.

Acto contínuo todos nos movimos como un sólo hombre. Los enfermos se incorporaron rebozantes de alegría; los pobres atacados de úlceras, que pudieron hacerlo, se dispusieron a marchar así, con sus piernas forradas en trapos o vendajes y parches y los que sanos, sí, pero decepcionados por el resultado contradictorio a nuestras aspiraciones cuales eran el triunfo de la causa por la cual nos sacrificábamos, tuvimos que marchar de buen grado, ya que así lo disponía un Destino adverso....

Han pasado ya tántos años desde entónces, que el tiempo que todo lo destruye y que disipa hasta el recuerdo en nuestras mentes, que, a la verdad, poco podría recordar con exactitud, en detalles, de aquellos sucesos.

Pero yo tuve el cuidado de consignar, en una libretita y escrito con lápiz, los últimos movimientos desde que partimos el 25 en la mañana hacia San Carlos. Dicha libreta, ya borrosa por el tiempo, pero apenas legible por mí, que ya yo había olvidado y de cuya existencia no tenía conocimiento, la guardaba mi esposa entre su papeles y documentos viejos y, en estos días, cabalmente, me la entregó, con gran sorpresa de mi parte.

De élla, pues, me permito copiar, servilmente, lo que fue escrito por mí porque mis ojos lo vieron o mis oídos capiaron,

en aquellos días álgidos, preñados de ansiedad y deseos insatisfechos. Lo que allí aparece y copio ahora, garantizo que es perfectamente auténtico y veraz:

"Nov. 25.—Salimos de Penonomé para San Carlos hoy por la mañana. Llegamos a Antón a las 5 p. m.

"Nov. 26.—A las 9 a. m. salimos de Antón y llegamos a las 8 de la noche, ese día y otros el día siguiente, a San Carlos.

Nov. 28.—Hoy ha sido día de gran conflicto aquí, a causa de que, habiendo desarmado a casi toda la gente, Victoriano, ebrio, incitó a los suyos a apoderarse nuevamente de las armas para no entregarse, comprometiendo así grandemente nuestra situación; pero el General Plaza, hombre enérgico, supo dominar la situación y conseguir, al fin, que Victoriano hiciera entrega de todas las armas. (Aquí hago un paréntesis para exponer: que recuerdo bien que, del Cuartel de Prevención, en donde estaban las armas, tocaron llamada de tropa, con señal de la 4a. División; pero, cuando nos aproximábamos al lugar, dieron nuevo toque, cambiando la señal por la de la 5a. Por eso no nos tocó ir a reducir al General Lorenzo, a nosotros). Continúo. "Nos salvamos, tanto más, cuanto que al día siguiente debía regresar el "Chucuito" que este mismo día en la mañana había pasado para Aguadulce y éstos (los revoltosos) tenían la firme y temeraria resolución de hacerle fuego. Las armas fueron entregadas a la 1 a. m., en momentos en que la gente se disponía a fugarse, llevándoselas; no obstante algunos lograron conseguirlo. El Coronel Cañarete, 2o. del General Lorenzo, era el más exaltado, motivo por el cual lo tiene Plaza preso para entregarlo al Gobierno, que lo castigue."

"Nov. 29.—Hoy tocó aquí otra vez el "Chucuito", como se esperaba, de regreso de Aguadulce. Venía lleno de gente que iban para Panamá, capitulados. Yo no me fuí por no caber más gente en el vaporcito. Hoy he pasado un día malo con síntomas de disentería. He despachado a Leonidas, mi ordenanza, para Chiriquí, con carta para mi papá. Se ha ido muchísima gente hoy por tierra; unos para Panamá, otros para Chiriquí."

"Nov. 30.—Hoy estamos aguardando con ansiedad los vapores que vendrán a recibir las armas y a llevarnos. Son las 10 a. m. y sin embargo no se divisan aun. Yo me encuentro sumamente entristecido, no sólo por la

capitulación que de alguna manera tenía que concluir esta guerra tan inícua) sino por tener el pensamiento y el alma embargados por las malas noticias de mi hogar que recibí la noche que llegué aquí."

"Dic. 1o.—Hoy se espera con ansiedad la llegada de los vapores que tienen que venir porque aquí en tierra dejaron anteayer a un subteniente del "Colombia" y al piloto del "Chucuito". No se sabe a qué obedece el no venir por las armas, etc. Nos estamos desesperando, pues no hay casi qué comer y la infección se acrecenta a causa de la mucha inmundicia arrojada por donde quiera. La situación se vuelve apremiante cada vez más."

"Dic. 2.—Hoy muy temprano comenzó el vigía de la torre a dar campanadas de aviso; como a las 8 se presentó al "Bogotá" que venía de Aguadulce. En breve saltaron a tierra, en la gasolina, los generales Herrera, Caballero, Bustamante, el Dr. Morales y otros Ayudantes de la Dirección, y los generales Terán, Jaramillo y Caicedo Albán, del Gobierno. Inmediatamente procedieron a embarcar las armas y el parque."

"El General Herrera se ha puesto muy indignado, furioso, por el movimiento ejecutado por la gente de Victoriano, y han mandado darle a Cañarete, Jefe del motín, 500 palos (comento: no supe si lo cumplieron, ni qué se hizo el coronel Cañarete, que era Comandante del batallón "Sucre" de la División 7a., de Victoriano). Ha puesto preso al Prefecto de la Provincia, por acusarlo de apoyador del movimiento. El vapor "Bogotá" sigue luego, tan pronto acaben de embarcar las armas, para David, a recibir las de allá. Mañana o pasado, dicen, vendrán las naves en que debemos irnos los que aquí nos encontramos en situación desesperante."

"Dic. 3.—Hoy se aguardan los buques, porque se sabe que el "Bogotá" fué antes a Taboga para dejar allí al Gral. Salazar, quien dè ahí seguirá a Panamá para enviarlos a la mayor brevedad."

"Dic. 4.—No han venido los dichosos vapores. Quien sabe cuándo vendrán!...."

"Dic. 5.—Ayer por la nochecita me robaron mi frazada; abrieron la puerta del cuarto y la tomaron de la hamaca."

Hasta aquí mi diario de apuntes. Los prometidos buques para transportarnos hacia Panamá, nunca llegaron y fuímos víctimas del más soberano engaño.

El día 6, nos reunimos varios Jefes y oficiales de cuerpos distintos —compañeros de infortunio ahora— entre los cuales recuerdo aún al coronel Carlos Clement, y fletamos, por acuotación, un bongo ("caracaballo") que yacía anclado ha días lleno de carbón mojado, sin usarse, por su mal estado, y así, a las 6 de la tarde nos despedimos de aquél infierno, dispuestos a llegar o a Panamá o.... al fondo del mar!.... Nos salvamos gracias a la Providencia Divina!; al día siguiente, después de una noche con muy poco viento y buena mar, nos amaneció detrás de Otoque; y, como al mediodía se desató una *furiosa* de viento y lluvia, que nos destrozó el podrido velámen y estuvimos a punto de zozobrar, pues perdimos el gobierno porque el timón se partió —también podrido—. El piloto, hombre experto en asuntos de mar, dejando ir su nave al garete, se ocupó en empatar como pudo los retazos de lona y enarboló de nuevo las "velas", arreglando asimismo el maltrecho timón, y así pudimos, tras paciente maniobrar y alguna brisa, con tiempo despejado, arribar a la deseada bahía de Panamá, el día 8 de Diciembre, a las 2 de la mañana. Pero hasta aquí nos perseguía la adversidad: el Vigilante de bahía, malo, no nos permitió desembarcar a esa hora, aunque se lo rogamos, haciéndole saber que éramos "capitulados" y veníamos con sed y hambre de dos días; ni así se le ablandó el alma, y sólo a las 6 de la mañana nos permitió saltar por la antigua playa del "Javillo"....

NOTA FINAL: Con no poca reluctancia me he decidido, al fin, a publicar las anteriores notas informativas de aquéllos sucesos, ya casi olvidados —más que todo, debido a reiteradas instancias de amigos míos que se huelgan de trillar por los caminos de la historia, y quienes, sabedores de mi participación— aunque pequeña y modesta— en éllos, que no por puro *snobismo*, ni jactancias de historiador; y menos hoy, cuando se mira con soberano desdén, si no con una mueca de burla, aquellos acontecimientos que, a los que hubimos de vivirlos y actuarlos —dada la época y las circunstancias— nos llenaban de entusiasmo y emoción, ya que, si acudíamos presurosos a jugarnos la vida, exponiéndonos a sufrir toda clase de privaciones, trabajos y penalidades propias de una campaña, sin los elementos modernos de hoy, sacrificando muchos nuestro porvenir, dejando claustros y hogares recién formados los más —puesto que éramos jóvenes ilusos— sin llevar en mientes la consecución de jugosas posiciones o prebendas, sino con el corazón limpio y la mente despejada y sólo con la vista puesta hacia la imagen de la Patria y el Partido Liberal colombianos; porque *colombianos éramos*, y era bajo la sombra de aquél glorioso pabellón que nos enseñaron a admirar y querer desde niños, que nos debatíamos, liberales y conservadores (Regeneradores) en sangrienta, fratricida lucha!

Doctor Belisario Porras

"El Caudillo por Antonomasia de la Democracia Panameña"

(ARCE Y CASTILLERO, "GUIA HISTORICA DE PANAMA")

REMEMORANDO HECHOS Y HOMBRES DEL "EJERCITO RESTAURADOR," DE 1900

INTRODUCCION

I

Al estallar la Revolución en Colombia, en Octubre de 1899, es decir, hizo ya 50 años, surgieron dos grandes caudillos de la Causa Liberal, y éllos fueron: Rafael Uribe Uribe, en la región allende el Atrato, y el Doctor Belisario Porras, aquí en nuestro Istmo.

El General Uribe Uribe, tras una campaña relámpago, llena de acciones bélicas casi heróicas y sorprendentes, terminó en una catapultante derrota en la famosa batalla de "Palonegro"....

El Dr. Belisario Porras, luego de haber ejecutado una marcha triunfal a lo largo del país, desde Chiriquí, a donde llegó con una lujosa invasión heterogénea, compuesta de elementos aguerridos de distintas nacionalidades, y, cual un nuevo Godofredo de Bouillon, al grito de "por la Patria y el Partido Liberal!", vino a estrellarse en el "Puente de Calidonia", terminando también, así, en un completo desastre! Este acontecimiento, de tánta trascendencia, ha sido relatado ya con lujo de detalles, tanto por parte de los prohombres de las fuerzas atacantes, como del Gobierno, para que me ocupe de narrarlo, ya que el fin que me propongo con estas líneas, no es hacer la Historia completa de la Revolución, puesto que esa labor la han de llevar a cabo plumas más autorizadas y competentes que la mía, y cerebros mejor cultivados.

Pero si quisiera —y eso lo voy a intentar, como un ensayo— hacer conocer hechos en detalle que, como factor de ellos presencié, a partir del 8 de Junio de 1900, fecha de "La

Negra Vieja", hasta el 26 de Julio siguiente, en que tuvo lugar la rendición, que se sucedieron en el ya mencionado "Ejército Restaurador", comandado por el Doctor Belisario Porras, y que merecen, opino yo, ser conocidos por los jóvenes de esta era post-republicana; así como mencionar, rememorar diré mejor, los nombres de mis conmilitones en esas toldas, de algunos de los cuales yo guardo, al través de la casi vencida media centuria, recuerdos de simpatía y admiración por su comportamiento valeroso y heróico; algunos de ellos mis buenos amigos, fallecidos tiempos há!....

Pero antes de eso, no puedo dejar de declarar —ensalzándola— que la figura principal en el Ejército de que me ocupo, lo era el mencionado Doctor Porras, verdadero caudillo, prestigioso, indiscutible,— centro de ese sistema planetario que se llamó en esa época "Gran Partido Liberal" en el Istmo, y cuya ideología prístina, hace mucho tiempo desapareció aquí—, más que ninguna otra personalidad política en nuestro medio, entónces, porque poseía todas las cualidades para atraer —como un imán— hacia su alrededor a todos los que veían en él el reivindicador de los derechos y el defensor de los grandes ideales que bullían en los espíritus de los que sufríamos hambre y sed de Libertad y Justicia!.... Era así, que, a donde quiera que el Doctor Porras asomaba su faz, todos acudían —jóvenes, viejos y mujeres— a saludarle y ofrecerle sus respetos y él, a la manera de Jesús, les acogía con ademanes de gran afecto y simpatías.

Tal era el Doctor Belisario Porras en Panamá, en los tiempos que precedieron a su famosa campaña de la Revolución de 1900. Su figura creció aun más y su prestigio se extendió con empuje de marea creciente....

La primera vez que yo —un adolescente apenas— supe de las altas dotes como brillante orador del Dr. Porras, fue en el año de 1894 (no puedo precisar mes ni fecha) cuando, con motivo de un gran mítin celebrado aquí para protestar por la demostración naval de las potencias europeas contra Venezuela, para cobrar unas deudas, por lo cual salió a relucir la llamada "Doctrina Monroe", puesta en vigor por el

Presidente Cleveland, de los Estados Unidos, mediante un *ultimátum* a las naciones agresoras, mítin que, para aquella época de nuestra exigua población capitalina, fue calificada de "monstruosa" por haber concurrido —se dijo— unas 10.000 almas! fue celebrado en el parque de "San Francisco" (hoy de "Bolívar"), ante el consulado de los EE. UU., siendo el Cónsul un señor gordote y colorado de nombre Mr. Viffquaim. El doctor Pablo Arosemena, comisionado especial al afecto, pronunció, en tal ocasión, un conceptuoso discurso exornado con las más bellas imágenes y en la forma oratoria que sólo él sabía hacerlo. (Este discurso, fue publicado en "La Estrella de Panamá"; pero no figura en ninguno de los tomos publicados de su propiedad).

Luego vino la gran sorpresa! La aparición del Doctor Porras!.... La multitud prorrumpió, al ver su gallarda figura —con la clásica casaca gris— erguida en el elevado balcón de la casa de Orillac, en atronadores aplausos y gritos de admiración, y el Dr. Porras se dejó escuchar en una elocuente improvisación que arrancó delirantes y prolongados aplausos!

Después, años más tarde cuando vino de Centro América, sufriendo serios quebrantos de salud, fué atendido en la residencia de la familia del Doctor Carlos A. Mendoza, —tenida por él como la suya— habida cuenta de su estrechísima amistad con este distinguido caballero liberal, y, allí, en su lecho de enfermo, en compañía de otros jóvenes liberales de aquella generación, acudí yo a visitarle y desearle un pronto restablecimiento; y de allí nació mi amistad y adhesión al líder, al caudillo, que más tarde había de conducirnos, de vivac en vivac, por los senderos del triunfo y luego, como guiado por la mano de un *hado fatal*, a la sima de la derrota y el desastre!....

Y así pude verlo y tratarlo de cerca desde el 7 de Junio, víspera del combate de "La Negra Vieja", cuando me fué posible, tras muchos y dificultosos esfuerzos, llegar hasta su campamento en Chame, como más adelante diré. Y termino aquí esta introducción, para ocuparme en llenar el comentario que me traigo en mientes.

II

Antes de continuar, antes de entrar en materia, deseo y debo advertir que no soy infalible y que bien podría —dada la enorme distancia en el tiempo— acontecer que no fuera muy exacto en el relato de algunos hechos, así como en citar nombres de algunos compañeros, cuyas actuaciones me fueren desconocidas, o que hubiere olvidado, ya que no faltará alguno que me lo venga a reclamar, de que no cité a *fulano que fué un héroe, o a zutano que salió con el cuerpo cosido a balazos combatiendo como un león;* nó, pues ni poseo el dón de la omniscencia para saberlo todo, como tampoco la ubicuidad de Dios para estar en todas partes. Conste.

Yo llegué al cuartel general del Dr. Porras, en Chame, como dejé insinuado arriba, el día 7 de Junio en la noche, víspera del combate; así fue que temprano en la mañana, el día 8, fuí despertado por el Capitán —guarda Tesoro Rafael Urriola, quien me entregó un rifle "Remington" y un caballo ensillado y me mandó a pelear!....

Me dirigí al galope hacia Bejuco, hacia cuyo lado se escuchaba claramente el tiroteo ya, y sin saber a dónde iría a dar, —soldado voluntario que desconocía el lugar—, seguí el rumbo que otros seguían, hasta que, oyendo silbar las balas ya muy cerca, dí con el Coronel Manuel Quintero V., quien se hallaba, peinilla en mano, al pie de una de las colinas llamadas "Las Paredes", dirigiendo sus soldados que se batían más adelante dentro de la arboleda que cubría el cerro. El, al verme, me ordenó detenerme y bajarme del caballo, diciéndome: "quédate aquí", y enseguida me bajé y, encaminado por él, entré en la línea de fuego. Esto me agradó sobremanera, pues dicho Jefe no era para mí un desconocido; antes bien, era un viejo amigo a quien conocía yo desde niño.

Pasado el combate, librado en la forma que es ampliamente conocida, pude darme cuenta debida del estado de aquel ejército de entusiastas luchadores, del cual entraba a formar parte dos días después, cuando fuí dado de alta, en

el mismo Batallón que comandaba el Coronel Quintero, o sea el "Libres de Chiriquí".

Rodeaba al Dr. Porras, además del Jefe General Emiliano Herrera, un núcleo de hombres distinguidos, tales como el Doctor Carlos A. Mendoza, su Secretario General; el Doctor Eusebio A. Morales, Secretario de Hacienda, a la sazón en comisión urgente en el exterior, y un grupo de jóvenes como asistentes; eran ellos Nicolás (Cucho) Alvarado; Pedro Antonio Maytín, Juan Manuel Lambert Díaz, Juan Antonio Mendoza, Juan Goytía, y otros que se escapan al recuerdo inmediato.

Era natural que la juventud, en cuyos corazones reside el entusiasmo y la fuerza, corriera de preferencia a unirse a las huestes del Doctor Porras; pero no es menos cierto, que no les iban en zaga apreciable número de hombres de ya edad madura, viejos liberales, de honorables actuaciones pasadas, probados en luchas pretéritas, no menos heróicas en defensa del Ideal, acudieran para sumarse y así acrecentar el número de combatientes; y, aunque muchos de éllos no eran aptos ya para ejecutar un duro servicio activo, sí servían para incrementar el prestigio y contribuir con sus consejos y experiencias a mantener la disciplina y el orden en las filas. A ese fin, a cada cual la Dirección les había asignado su respectivo puesto. De éllos, pues, me ocuparé más adelante.

Entre los jóvenes que se hallaban enrolados a mi llegada, puedo recordar, con toda exactitud:

La misma noche de mi llegada, en el camino del Puerto al pueblo de Chame (debo decir antes, que yo había desembarcado en la Punta de Chame, llevado allí por el bote fletero de un chileno, panguero, conocido entonces con el apodo de "zambo", en compañía de Eduardo de la Guardia González, y otro sujeto de nombre Valerio Donado —quien murió en el Puente después— siendo recibidos en la playa por el Sargento Mayor nicaragüense Fernando Zelaya) nos encontramos con un retén al mando de un Oficial; cumplido el reconocimiento de rigor, éste nos ordenó avanzar y dicho oficial, al reconocerme entre los que íbamos, me saludó con un

abrazo y exclamó: "Hombre, Mateo!" Era el Teniente Eduardo Navarro, el "mochito Navarro", amigo mío muy querido desde los días estudiantiles en el antiguo Colegio "Balboa", de los padres Escolapios. El era, además, Teniente Abanderado no recuerdo con exactitud, si del Batallón "César Conto" o del "Uribe Uribe". Era él uno de los jóvenes en quienes se aunaban valor a toda prueba, generosidad y lealtad y era materia dispuesta para las empresas más arriesgadas; de esos caracteres poco comunes, que "no piden comisión, ni rehuyen servicio", muy noble de alma y un caballero en la más alta significación del vocablo. Este fué el primer joven con quien me encontré en las filas del Ejército del Dr. Porras.

Otro joven de grandes méritos, y gran amigo mío también, con quien tropecé luego, era el Teniente abanderado del Batallón "Luis A. Robles", Samuel Ruiz; este valiente muchacho, heredero del temple de carácter de su digno padre, el General Benjamín Ruiz, cayó mal herido en el Puente, y falleció días después atendido en la residencia de su hermana Panchita Ruiz. Yo tuve la pena de verlo en la tarde del 25, tendido en el suelo —como muchos otros, muertos y heridos— y al pasar junto a él, me dijo: "Ay, Mateo, vé como estoy.... y yo, nada podía hacer; pero poco después entraron las cuadrillas de las ambulancias del Gobierno, y ví que se lo llevaron, junto con otros.

Otro joven digno de mención —por luchador y estoico— también herido de gravedad en el mismo sitio, fue José Sacrovir Mendoza; pero éste salvó y vivió después aquí largos años. No omitiré de mencionar a Justo R. Casoria, Oficial del "Libres", así como a Domingo de Puy, abanderado del mismo; Juan y Alcibíades Arosemena, Rogelio Fábrega, Luis García Fábrega y José Manuel López Urrutia, todos los cuales ocupaban puestos distinguidos y prestaban sus servicios con todo entusiasmo. Pasado el combate, fueron llegando nuevos elementos, tantos del juvenil como de edad provecta, como más adelante los enumeraré. Recuerdo bien que los primeros en llegar, fueron Pedro Vidal y Gonzalo Walker, ambos adolescentes, quienes hicieron su aparición en el campamento el día siguiente, o sea el 9 de Junio.

Entre las personas de prestigio, hombres de edad madura de que he hecho mención somera arriba, se hallaban los Coroneles Rafael Neira, adscrito al Estado Mayor del General Herrera; el Coronel Ignacio Quinzada, viejo luchador del Liberalismo, de cultura proverbial, y a quien le merecí trato afectuoso al conocerme y saber que yo era hijo del Coronel Pedro C. Araúz, su compañero de armas y amigo muy estimado durante las pasadas lides militares a las órdenes de los Generales Correoso y Aizpuru. El era el Jefe de Estado Mayor de la Segunda División, al mando directo del propio Doctor Porras. Otros liberales de prestigio también, y que yo conocí, fueron: don Mauricio Correa, don Genaro Mendoza, Jefe del batallón "Azuero", José Asunción Cajar ("Chón") consejero del Estado Mayor del Dr. Porras, el Coronel César Fernández, el Coronel H. Vernaza, viejo militar de brillante hoja de servicios en Colombia y el Capitán Pabón, quien era como edecán del Dr. Porras, pues iba en su compañía por doquiera fuera el Jefe Supremo del Ejército. Todos los nombrados formaban alrededor del Dr. Porras una especie de Estado Mayor General, en quienes él confiaba, tanto para el desempeño de comisiones importantes, así como para consejeros, como dejo expresado de algunos, principalmente los Coroneles Neira, Quinzada y Vernaza.

Permítaseme una discreción para decir que, en la Punta de Chame, el día de mi arribo allí, se encontraba una fuerte guarnición, compuesta de medio batallón "Uribe" al mando de su jefe el Coronel Nicholson, y le acompañaban el Coronel Paulo Emilio Morales, Agüero y el doctor Ezequiel Abadía, quienes habían sido enviados allí para vigilar el movimiento de las fuerzas del Gobierno, después que éstas hicieron un intento de desembarque allí que les salió frustrado al hundírseles una de las naves, el vaporcito "Luisa", para cuyo salvamento enviaron de aquí otra expedición que cayó en poder de los nuestros. Esas fuerzas allí apostadas, prestaron importantes servicios a la causa de la Revolución, pero fueron restadas, como contingente, al grueso de las que combatieron el siguiente día a que me refiero.

Entre los Jefes de tropa, había dos Sargentos Mayores

III

Suspendo aquí el seguir mencionando nombres de los miembros del Ejército, para ceder el lugar a la relación de sucesos y actividades que tengan conexión con la situación del mismo, en los días que siguieron inmediatamente después del combate de "La Negra Vieja", no sin dejar de consignar, a medida que —a manera de mariposas del recuerdo— vayan llegando a mi mente los nombres de amigos y compañeros de aquellos inolvidables ajetreos, que hasta el momento no he citado y que lo merezcan.

Comienzo por descartar el sonsonete que resultaría repetir que el triunfo efectivo en aquella jornada épica, correspondió a las fuerzas liberales, toda vez que es harto sabido y aceptado; pero lo que hay que revelar, y yo lo hago ahora, es que, desde el punto de vista de la escasez de los elementos para combatir, nuestra situación militar quedó reducida a su última expresión; y que, si las fuerzas enemigas que se retiraron, luego de ser vencidas, en el mayor orden después de reorganizarse, fuéra del alcance de nuestros fusiles y cañones, lo hubieran adivinado así, de seguro que hubieran regresado al día siguiente, y todo habría concluído ahí mismo y nó en el "Puente de Calidonia", como sucedió, dos meses después!.... Pero no fue así: la tenaz resistencia de nuestros *reclutas*, ante los ataques persistentes y arrojados del "5o. de Cali", del "Colombia" y el "Medio Ulloa", veteranos y aguerridos, durante 12 horas de rudo combatir, hicieron nacer en el espíritu de esos *bravos legionarios*, que "algo misterioso" existía en el ánimo de aquéllos "feroces" combatientes que les habían —de manera inexplicable— hecho morder el polvo!; y ese pensamiento, sin duda, les indujo a retirarse, huir!, y lo hicieron presa de indescriptible pánico....

Pero los hechos, la realidad, era muy otra, en nuestro campamento. Si, como se supone, las fuerzas del Gobierno se fueron y no volvieron porque estaban —empleando la frase vernacular y muy gráfica— tocadas de "culillo", no es menos cierto que nosotros nos sentíamos como inoculados del mismo *virus*. Porque hay que saber y que aceptar a la vez, que

nuestras mermadas unidades de combate, a causa de las bajas sufridas, quedaron casi desarmadas, debido, primero, al agotamiento alarmante de cartuchos o balas, que no hubiera alcanzado las existentes, ni para sostener una hora de combate; y segundo, que el armamento había quedado, en más de la mitad, en estado inservible. Y el caso es éste: Las armas que el General Zelaya le facilitó al Doctor Porras, no fueron, ni con mucho, de las de su uso en sus cuarteles ni de sus reservas, sino de las que tenía hacinadas en sus depósitos, restos de armamentos inútiles de luchas pasadas, es decir, armas que no necesitaba y tenía ahí abandonadas. Y esto lo confirmo, porque lo puede constatar, que entre ese armamento heterogéneo, había rifles "Remington" de 2 o 3 calibres; rifles "Level", "Remington Lee" y carabinas "Winchester" también de diferentes modelos y, en cuanto a municiones, aquello era una mezcolanza de cartuchos, pues, en un xalbeque de 100 tiros, se hallaban mezcladas hasta cápsulas de revólver 44, de suerte que, para combatir, resultaba un obstáculo para el tirador al coger una que no correspondía al arma; y esto pasó en Bejuco. Los rifles, oxidados, viejos, se encascaraban y no había vaquetas con qué sacar o expulsar el cascarón, o a lo mejor no daban fuego, por algún defecto. De esa manera vimos cómo se reunieron montones de rifles inservibles —verdadera miscelánea de "carabinas de Ambrosio"— en las retaguardias de los batallones, en lo más álgido de la lucha. De suerte, que, esto entendido —y ratifico que es verídico— sólo se debe aceptar nuestro triunfo ahí, como *puramente psicológico!*

A mí me resultó —perdóneseme que me mencione— que mi rifle, el "Remington" viejo que me endosó el célebre Urriola, no me sirvió sino apenas como hasta las 9 de la mañana, cuando se me encascaró el maldito, en momentos en que los negros caucanos del "5o. de Cali" iban avanzando contra nuestra posición —la del "Libres"— de mata en mata y por todo el camino central dispuestos a desalojarnos de ahí, lo cual no consiguieron; pero yo, en tal situación, noté a mi izquierda a un hombre que detrás de otro árbol disparaba sin cesar con un buen rifle y resolví acercármele rogándole me

lo prestara para yo tirar, porque el mío no servía ya, y él de muy buena gana accedió, turnándonos para ello. Era un "Remington Lee" de los que tienen cámara y un proveedor de 5 tiros, movidos por un manubrio. Pero resultó que en una de las veces que mi compañero disparaba, una bala enemiga (de rifle "Reformado") le dió en la palma de la mano derecha, corriéndole hasta el codo. El dió un grito y soltó el arma que cayó al suelo, mientras le salía abundante sangre. El hombre, muy asustado, me dijo: "y ahora que hago, compañero?" Yo le respondí: "no hace nada", e instintivamente me quité del cuello un pañuelo grande de seda que llevaba, y le forré con él el brazo y lo conduje hacia atrás. Este hombre, supe después, se llamaba Juan Ledesma, Subteniente del mismo batallón, y natural de Puntarenas, Costa Rica. Levanté el rifle y continué solo disparando, moviéndome de un árbol a otro, como hasta las dos de la tarde, cuando el viejo chopo se destrampó y el mecanismo se negó a funcionar. En tales circunstancias me retiré y dí de nuevo, en la falda del cerro, con el Coronel Quintero, a quien informé del estado inservible de mi rifle, y su respuesta fué "mira el montón (como unos 60!) que hay allí ya dañados". En esos momentos ví caer, casi a los piés de dicho Jefe, a un hombre; era el Sargento Mayor Lubín Manrique, con dos heridas: una en el pecho que le salió por la espalda; la otra, por el pómulo derecho saliéndole por detrás de la oreja. Cuando yo fuí emigrado a Guayaquil, meses después, huyendo de la persecución aquí, lo hallé a él ahí ya, junto con 300 o más colombianos de la Revolución!.... Pues, bien; en la imposibilidad de obtener otra arma con qué combatir, levanté del suelo una bayoneta de rifle "Level", que era un chuzo largo, como a propósito para ensartar lagartos, con su funda, y me lo encajé al cinto a guisa de espada y decidí correrme por la derecha, por entre los combatientes, hacia el otro extremo de la colina. La vista que desde allí se contemplaba era interesante!.... Pelotones de soldados desplegados aquí y allá por la llanura salpicada de matorrales y arbustos pequeños, daba la impresión de un juego al escondite entre muchachos; pero qué vá!.... aquellos hombres mantenían un fuego persistente y se movían con agilidad y destreza que causaba asombro! Eran

soldados del "Colombia", valientes y aguerridos. Tenían allí un cañón montado en ruedas que movían de aquí y de allá también, disparando sin cesar, del cual dejaron la cureña llevándose el calibre al hombro el artillero (un americano Rose) cuando a las cuatro de la tarde tocaron retirada al ser flanqueados por fuerzas nuestras dirigidas, mediante una carga furiosa, por el Coronel Salamanca!

Yo llegué a aquel punto, repito, y me detuve en un lugar dominante en donde estaban dos hombres detrás de una piedra grande, desde donde, mampuestos, disparaban por turno con una carabina "Winchester", contra aquellas fuerzas que he descrito, en las bajuras. Yo me acerqué a éllos muy despaciosamente sin decirles una sóla palabra y me agaché a sus espaldas a presenciar aquel espectáculo. Tiraban con entusiasmo, cada uno a su vez, cuando oí a uno de ellos decir: "voy a abrirme un poquito para tirar mejor".... y enseguida lo ví caer hacia atrás, de espaldas, sin emitir ni un quejido!.... Una bala le había atravesado el corazón; ese hombre, lo supe después, era un Teniente del mismo Batallón y se llamaba Manuel Martínez. Aunque mejicano, hacía tiempo que vivía en Los Santos, y entusiasmado, se unió al Dr. Porras a su paso por hí. Dejaba cuatro hijos huérfanos.... El compañero, Tejada de nombre, me miró con ojos espantados y le alzó luego la blusa azul al hombre para ver la herida, y esta era sobre la tetilla izquierda. Maquinalmente cogí yo la carabina y seguí disparando sobre el enemigo a la vista, pues juzgaba que no había tiempo que perder, mientras Tejada, como presa de un estupor, se detuvo a contemplar la descompuesta faz del compañero muerto. A mí también el acontecimiento tan rápido como inesperado, me llenó de asombro; pero no le dije nada al otro, aunque le devolví su arma y me entretuve en observar el final del combate que terminó con el repentino desbande, como dejo dicho, rompiendo nuestras cornetas las alegres dianas del triunfo y los gritos estentóreos de los soldados en todas las posiciones, y así pudimos contemplar, cómo, cual gallinas asustadas por el gavilán, corrían aquellos hombres que, momentos antes, combatían atacando como leones! Nos parecía un sueño lo que está-

bamos viendo! Yo, armado con mi bayoneta y mi revólver "Smith & Wesson", calibre 38, bajé de la loma y me uní a las huestes perseguidoras y llegué hasta una hondonada o zanjón bordeado por un barranco que les había servido a modo de trinchera, en donde había una verdadera montaña de cápsulas vacías, en una larga hilera. ¡Cómo habían disparado contra nosotros aquellos hombres! Ahí, me hallé un hermoso revólver 44, completamente nuevo, abandonado, tal vez, en su huída, por algún Oficial que ya no le quedaba fuerzas para sostenerlo; y ese fué el único trofeo de guerra que pude recoger de aquel campo de batalla. Y aquí termina la ínfima participación que tuve en la histórica batalla de "La Negra Vieja", el día 8 de Junio de 1900.

Voy a referir, antes de terminar este relato, un hecho que presencié, ya casi al final, desde el punto en que he referido me hallaba: al mismo pié de la loma, había un pozo de agua turbia, cenagosa, en donde habían estado acudiendo los sedientos combatientes nuestros a apagar la torturante sed que nos mataba; el enemigo se dió cuenta de esto y dirigieron su puntería hacia allí; de repente escuché un grito de rabia y de dolor.... era el joven Luis Robles, de Aguadulce, a quien habían tumbado con un balazo en el tobillo; a pesar de que él llamaba en su auxilio, ninguno de los que allí estábamos nos atrevimos a llegar, porque las balas rastrillaban el suelo sin cesar. Dichosamente, dos o tres minutos después, se efectuó el desbande del enemigo.

IV

Planteada la situación como dejo esbozado, los Ejércitos contendores se mantuvieron en una especie de *statu-quo*, es decir, que ni el Gobierno se atrevía a enviar sus derrotados batallones a volvernos a atacar, no los vencedores del "Restaurador" se hallaban en capacidad material de abandonar sus afianzadas posiciones en el campo de "La Negra Vieja", para emprender la marcha hacia Panamá, en donde se hallaban los primeros. Hubo, pues, un pequeño *interregno* de aparente paz!

Mientras tanto, veamos lo que sucedía en Chame y Bejuco, en donde se hallaban las comandancias del Ejército:

En torno al Doctor Porras se agrupaban todos los amigos y adictos a su persona, en Chame; y en Bejuco, en lo que se llamaba "el Estado Mayor General", estaba el General Herrera con Jefes de Estado Mayor y Ayudantes, etc. El Doctor Porras era como una colmena a donde acudían todas las abejas a gustar el dulzor de la miel de su bondad; parecía un padre amantísimo de todos!.... Jamás negaba algún servicio, ni exteriorizaba disgusto poniendo mal semblante, a pesar de las muchas exigencias y peticiones con que le abrumaban a diario. Siempre estaba el Doctor en buen temperamento para servir y complacer a todos sus amigos. A la mesa de la Comandancia, bien provista siempre de abundantes viandas de confección rural —criolla digamos— (carnes, yuca cocida, ñame, tortas de huevo, plátanos, arroz, frijoles, etc.) podía arrimarse con confianza y, —cual en otra "bodas de Camacho"— tomar su "espuma" cualquier Jefe u Oficial que tuviere la ocasión o la "maña" de presentarse allí a la hora bendecida de *engullir;* muchos, *a lo parao*, a estilo de "buffet", y aún pescando trozos con las manos *(no hiperbolo)*; aquello era el verdadero imperio de la Democracia!....

Pero era que el Doctor tenía otras preocupaciones más hondas que le atormentaban. Primero, la situación tan débil en que se hallaba su Ejército, sin la cantidad de armas y elementos necesarios, y que los auxilios que esperaba recibir con el Dr. Morales no llegaban, ni siquiera noticias de él tenía; luego sus maltrechas relaciones con el General Herrera; y, por último, la indiferencia que, según él, había de parte de sus copartidarios que no acudían —por legiones ya— a adherírsele! A este efecto, y como aguijoneado por una obsesión, se le oía repetir a menudo, y me lo dijo a mí: "Hombre, "fulano", esta es una empresa grande; esto no lo entienden los vulgares; yo digo como Jesucristo: quien no está conmigo, contra mí está"; pero no por eso perdía su semblante risueño y su aire zalamero con todos; otra cosa que le preocupaba, era el vicio de la embriaguez que se había esparcido de manera sorprendente, ocasionando no pocas reyertas y dis-

gustos entre los Jefes, Oficiales y aún miembros de la tropa. A fin de tratar de oponer valla al mal, ordenó la requisición de todo el seco que existía en tiendas y depósitos y sellar los alambiques, y sólo mediante órdenes firmadas por él podrían obtener los solicitantes pequeñas cantidades del deseado *néctar embriagador*. Pero ni aún así pudo contener el vicio, porque él mismo con su bondad, violaba a menudo la decretada prohibición. Entonces el Dr. Abadía, Jefe de la Ambulancia, le aconsejó mandar a "envenenar" todo el seco, saturándolo de quinina para así conseguir dos fines: que bebieran menos y luego que se previniera a la tropa contra la malaria. Y esta medida, sin duda, produjo algún buen resultado; aunque los inveterados borrachos, como el llamado "Chiriguaco" (el Mayor Hoyos") y su compañero el Mayor Petit (el "Padre") optaron por beberse toda el agua de "kananga" que había en las tiendas, por no poder trasegar el amargo licor suministrado por raciones.

Sobre sus relaciones con Herrera, básteme referir lo que yo presencié y oí. Una tarde —por ahí a fines de Junio— a eso de las 4 de la tarde, iba yo de Chame hacia el campamento, a tomar servicio ya, y en el llano de Bejuco, alcancé al Coronel Quintero, quien seguía el mismo camino con el fin de pasar revista al campamento, como era su costumbre antes de anochecer y dictar sus órdenes, y seguimos juntos. Al pasar frente a la Comandancia del General Herrera, situada en una casa del griego Gallipolito, vimos frente a dicha casa un número considerable de hombres a caballo, entre los cuales se hallaba el Doctor Porras, en acalorada disputa con Herrera, quien, con sus Ayudantes y demás miembros de su Estado Mayor, se hallaban en el balcón. Al llegar nosotros —Quintero y yo— ya el disgusto llegaba a su final, y sólo pude escuchar de labios del Doctor: "Mire, Herrera: usted no es más que un ingrato; usted está aquí por mí y sólo por mí, porque el General Zelaya me aconsejó, repetidas veces, que me trajera a Acevedo, que es más militar que usted y de mejor condición que Ud.; pero yo me decidí por Ud., porque era mi paisano y lo creí mi amigo". Y diciendo esto, reviró su caballito tableño, muy *andón*, que le había regalado un su compadre, y, seguido a todo galope por su largo séquito, par-

tió hacia Chame. Luego supe que había regresado a volverse a empatar con su "enemigo".... Tal era la situación en que se hallaba nuestro Jefe en esos caliginosos días de su accidentada campaña revolucionaria. Mi acompañante y yo continuamos en silencio hacia nuestra destinación; pero yo rompí ese silencio así: "Mire, Coronel: estas son las cosas que descorazonan y matan el entusiasmo; si no fuera porque en Panamá me aguarda o *Las Monjas* o *Chiriquí*, mañana mismo me iba de aquí aunque me declararan desertor. El Coronel Quintero, sólo me hizo con la cabeza un gesto de asentimiento. El General Quintero, el benemérito ciudadano de nuestra querida Patria, es el mismo de aquellos tiempos a quien me estoy refiriendo, ya tan lejanos, pero que aún vive, a Dios gracias, y bien puede testimoniar, si alguno lo deseare, si me he apartado, en un ápice, de la verdad, al referir esto. Sospecho que no faltarán quienes juzguen que, al relatar lo anterior, propendo a desacreditar a la Causa Liberal o al animoso Jefe de la Revolución, Doctor Porras; pero ese pensamiento no me pone a vacilar, ni me conturba, toda vez que yo estoy refiriendo todo lo que ví y oí —y no lo que otros me dijeron que vieron u oyeron— sin ocultar nada, bueno o malo, porque creo que es así como sirve con honestidad a los fueros de la Verdad, que, según se ha dicho, es la base de la Historia —y como dijo Boileau, "no hay belleza sin verdad"— y no es echándole zancadillas a la verdad, para ocultar defectos o errores, o ensalzar valores inmerecidamente, es decir, diciendo mentiras, como se escribe la historia.

Además, el Doctor Porras mismo, en sus "Memorias", hace mención, relatándonos, de sus repetidos choques y altercados tenidos con el General Herrera y ello era generalmente conocido por todo el Ejército; y de esa desavenencia entre ellos, los Jefes principales, fue la causa, más que ninguna otra, de la desastrosa terminación de esa laboriosa campaña revolucionaria, que, en fin de fines, nos causó grandes perjuicios a todos por igual, y, más aún a los pequeños factores....

V

En tales circunstancias, corría así el tiempo. Rumores alarmantes se escuchaban de vez en cuando de que el ene-

y muerte del campo de Calidonia!.... Mientras tanto, su ilustre padre, el futuro prócer y conductor del pueblo panameño el día 3 de Noviembre, de 1903, se hallaba en las mazmorras de "Chiriquí", en compañía de 198 liberales más!

Y el Doctor Porras recibió al hijo con los brazos abiertos, con muestras de la más pura sinceridad, no obstante que las relaciones de amistad con el General Domingo Díaz, no eran nada cordiales, sino que, antes bien, existía rivalidad entre éllos, como quedó demostrado más tarde cuando ambos Jefes condujeron al mismo tiempo sendas invasiones al territorio patrio, cuyo final fue el fracaso.... Y prueba de la sinceridad del Doctor Porras, es el hecho de que, al tiempo de despedirlo, para irse por el lado de Chepo, el Doctor se expresa así en sus "Memorias", Pág. 276.—.... "Como el bote se alejaba, al doblar un recodo del estero, se volvió a mirar para decirme el último adiós. Estaba de pié, sombrero en mano, destacándose en el verde oscuro del manglar, su pequeña estatura y dejando ver la fácil sonrisa, el ojo zarco, la mirada brillante y la dulzura habitual"....

Qué bien le debía de haber sonado al Doctor Porras aquello de que "no es eterna la noche en el Planeta!", pues, entusiasmado hasta lo indecible, con esta inyección administrada a las debilitadas fuerzas de su Ejército, diez días después de los expedicionarios del Cauca, y hallándose preocupado con los preparativos de marcha, por lo cual el Cuartel General había dispuesto una general reorganización, el vapor "Momotombo", con el Doctor Morales, acompañado de 40 o más amigos de la Causa, a cuya cabeza venía el Coronel Nicolás Tejada, arribó a la costa de San Carlos, con un cargamento más de rifle "Remington" (esta vez mejores), cuantioso parque y dos cañones. Entre los nuevos expedicionarios, llegaron —que recuerdo— Guillermo Andreve, Julio Mata, el viejo veterano Coronel Rivera (El "Pastuso"), Nelson Moré, Juliao, etc. A la vez, como si fueran granos de una mazorca, fueron llegando de Panamá y otros puntos numerosos contingentes de voluntarios. De la isla de San Miguel, en la Cisterna que tocó allí proveniente de Tumaco, llegó el Coronel Manuel Vásquez, viejo liberal, veterano de las luchas bajo

los reinos de Correoso y Aizpuru, con 50 isleños, soldados suyos; y del Darién, vino el Coronel Luis Muñoz con otros 30 caucheros, y con esa corriente de elementos humanos, de todas las categorías, oficios y profesiones, como adelante los enumeraré, fué como el Doctor Porras y el General Herrera, reorganizaron su "Ejército Restaurador", fuerte en hombres y elementos de combate, para emprender la marcha "triunfal" hacia Panamá.... y, el fatídico "Puente"!

VI

La reorganización del Ejército, se comenzó de la manera siguiente: El nuevo armamento, venido del Cauca, —rifles de la. clase— fueron distribuídos, de preferencia, entre los principales batallones, llamados "veteranos", que eran: "Robles", "Conto", "Uribe Uribe", "Azuero" y "Libres de Chiriquí", como también los Escuadrones de Caballería, "Patria" y "Libres de Colombia" y "Artillería". Como he dicho antes, de Panamá, tal vez por falta de vigilancia del Gobierno, o por otra causa que no me explico, se desarrolló, a última hora, un verdadero éxodo de liberales hacia la Revolución.... Estando nuestro campamento a la vera del camino, hacia la entrada de Bejuco, era natural que yo me diera cuenta de quienes pasaban diariamente. Eran tántos y tántos.... pero recuerdo muy bien un día —por la calidad de éllos— que llegaron juntos, uno tras otro en una larga fila de a caballo: el Doctor Julio Icaza, Juan B. Sosa, Carlos Clément, Dr. H. Patiño, Benjamín Quintero A., Edmundo y Dámaso Botello, Samuel Rostrup, el señor Fabio Tejada, de luengas barbas patriarcales y dos de sus hijos, Andrés Mojica y muchos más cuyos nombres he olvidado. Era todo un *batallón* de voluntarios, lo cual causó entre nosotros tan vivo entusiasmo, que prorrumpimos en estruendoso "vivas!" a la Causa Liberal.... Y, siguieron llegando, días después: Azael Tachar y Gregorio Ordóñez, amigos inseparables, y Domingo López, hermano del Capitán Carlos L. López, del Escuadrón "Patria", muchachos del Pueblo, entusiastas, como: Alberto Herrera, Manuel A. Noriega G., Abel Ramos, Jacinto Iturrado, Jacinto Lombardo, Diego Miranda, Corneta bombero, etc..... Con el gran cúmulo de energía humana disponible,

y habiendo el suficiente armamento para equiparlos, resolvieron organizar tres batallones de nuevos "reclutas" y para ello escogieron la oficialidad de todos los viejos batallones, por ser ya, si no veteranos, en la cabal acepción del término, sí, por lo menos, iniciados en el *abecé* del curso militar en campaña. Crearon, pues, los Batallones "Gil Colunje", Jefe, Coronel Nicolás Tejada; "Mateo Iturralde", Coronel Juan Antonio Rivera (el "Pastuso") y "Panamá", Manuel Vásquez. Entre la oficialidad para este último, me colocaron a mí extrayéndome del "Libres de Chiriquí", de mi antiguo puesto de Subteniente Habilitado.

Entre los nuevos Oficiales que ingresaron a estos tres batallones, conocidos míos, recuerdo: a Carlos de Diego, como Teniente; Guillermo Casís, Teniente, Julio Mata, Subteniente, David Villadiego, Capitán y Octavio Herrera, de Bejuco, Sargento Mayor. De los nombrados, sólo creo existe Julio Mata, sobrino del gran liberal don Pancho Mata, y quien me consta se batió como bueno en el Puente. Como yo no conocía al nuevo Jefe, a cuyas órdenes me habían puesto, me dediqué a inquirir acerca de su personalidad, y me dieron muy buenos informes; que había sido en tiempo de las pasadas luchas del liberalismo, muy activo y valeroso; que había militado al lado de Jefes de prestigio como Quinzada (Ignacio), Domingo González, Nicomedes Carranza, Marín y otros, y que había gozado del aprecio y distinción del General Correoso. El Coronel Vásquez, pues, se hizo acreedor a nuestra cooperación y obediencia disciplinaria, como Jefe, y en tal carácter lo aceptamos de buen grado. El, como isleño, era del color, bajo de estatura y rechoncho y de voz atiplada. De carácter bondadoso y muy dinámico en actuar. Entré, yo, pues, a ejercer mis nuevas funciones de "abanderado", habiéndoseme entregado, sin ceremonia ni aparatos, la bandera-trofeo (colombiana) que se le había quitado al "Medio Ulloa", por los soldados del "Azuero", el día del combate. El batallón fue formado con elementos dispersos, los 50 isleños y otros 50 reclutas chameros y bejuqueños (casi todos se habían escapado antes de llegar a La Chorrera) de los cuales sólo quedaron unos pocos y entre éllos dos muchachos Ibaldi, siendo Serafín nombrado como mi Sargento de Bandera, y se portó muy bien. Llegado

el día del avance, marchamos hacia La Chorrera. Nuestro batallón, lo era sólo en el nombre; no obstante, como por el camino seguían llegando voluntarios, se iban enrolando por su propia iniciativa en donde mejor deseaban, y así pudimos ir llenando claros en las distintas compañías.

Llegado a La Chorrera todo el Ejército, resolvieron, por Junta de Generales y Jefes, dividirlo en dos: una parte con los principales batallones, la Artillería y Escuadrones, debería marchar hacia la línea del Ferrocarril y atacar a Panamá por ese lado. El resto, o sea los tres batallones, con el Dr. Porras y su séquito de Ayudantes, Consejeros, etc., deberían seguir hacia el Puerto de La Chorrera, para de ahí embarcados en lo que se llamaba "la Flotilla", meterse en el pueblito de "Farfán", es decir, en un "saco", para desde ahí, dizque atacar por La Boca, atravesando, embarcados en "chingos", el Río Grande, o sea lo que es hoy el Canal por el Ferry. Seguimos, pues, de La Chorrera, a pié, hacia el Puerto, y estando ahí todavía seguían llegando nuevos contingentes de panameños entusiastas que recién salidos de Panamá, deseaban contribuir, decían, al "seguro triunfo", pues abrigaban la convicción de que el Gobierno no estaba en capacidad de resistir el incontenible ataque nuestro; que el MIEDO era tal que todos éllos habían salido gritando de voz en cuello que se iban para la Revolución y no había quien se opusiera, etc., etc. y así, todos se iban enrolando y armando para entrar en lucha.

Pero antes de continuar en estos detalles, voy a relatar, en forma sucinta, algo que ha de interesar, y es lo que se llamó entónces el

COMBATE NAVAL CON EL VAPOR "ANCON"

El vapor "Ancón", era un remolcador de la Compañía del Ferrocarril el cual había el Gobierno tomado en arriendo para oponerse a las actividades de nuestro travieso "crucerito" el "Ricardo Gaitán Obeso." El hecho sucedió así: Al día siguiente de nuestra llegada al Puerto, como ahí se hallaba ya toda la "flotilla" aguardándonos, el Coronel Paulo Emilio Morales, Jefe de élla, hombre inquieto que parecía de azogue,

valeroso y arrojado, llegó a la playa temprano en la mañana en un bote y desembarcando, dijo: "a ver, muchachos, quienes desean dar un paseo por la bahía de Panamá, en el "Gaitán"!.... Yo, que andaba por la orilla del agua, descalzo, porque mis botas, muy mojadas por el viaje, las había puesto a secar al sol, fuí uno de los primeros en contestar y enseguida corrí a buscar mi rifle y xalbeque y, así descalzo, me metí en el bote, fuímos como 10 o 12 más, todos oficiales; recuerdo entre éllos a Guillermo Andreve, del "Colunje". Una vez abordo, el Coronel Morales ordenó levar el ancla y *poner rumbo a Panamá*. Pasamos por entre la isla Melones y Taboga y llegamos, en breve tiempo, a todo andar, hasta el farallón junto de Flamenco. Cuando nos vieron desde Las Bóvedas de "Chiriquí", empezaron a disparar sus cañones pero no nos alcanzaron. Entonces, nuestro "Almirante" mandó regresar describiendo una elegante curva hacia la derecha, mostrando como blanco el costado de babor del vaporcito, y sonó su sirena, como un saludo al enemigo.... Pusimos entonces proa hacia Taboga, a donde llegamos en menos de una hora —andaba 12 millas—. Al llegar allí, pitó de nuevo con toda fuerza y prolongadamente. El pueblo, en masa, se agrupó en la playa; los balcones de las casas de alto y por todos los lugares salientes, se veían lucir toda clase de banderas colombianas, rojas y lienzos de ese color, y el entusiasmo y la alegría de aquel pueblo, netamente liberal, fue indescriptible! Procedimos a desembarcar y lo hicimos en medio de la más grande algarabía de aquellos liberales, hombres y mujeres, locamentes entusiasmados! Yo, en cuanto puse pié en tierra, me dirigí a la primera tienda de chino y compré un par de alpargatas, para no andar descalzo. Huelga decir que fuímos agasajados galantemente y conducidos a varias casas, en donde se brindó por el *triunfo*, por la Patria y el Gran Partido Liberal! En esto estábamos, y en espera del clásico sancocho de gallina, etc., cuando se dejó escuchar el toque de corneta abordo y el pitazo llamándonos. Corrimos enseguida; era que el vigía había anunciado el "Ancón" a la vista en viaje hacia allá, a toda máquina. Una vez abordo, todos, Oficiales y tripulación, ocupamos nuestros puestos a lo largo de la borda, esperando las órdenes del Jefe. El Coronel Mo-

rales, frío, (por algo le decían así) pero visiblemente nervioso, ordenó seguir al encuentro, pero a medio andar a fin de atraer al "Ancón" lo más lejos posible de su base. Todos seguimos en silencio, cuando, como a los 3.000 metros de distancia, se dejó escuchar el primer cañonazo del enemigo, luego otro y otro y muchos más; pero el Coronel Morales se mantenía inmóvil al lado del cañoncito de proa, sin ordenar al artillero a disparar. Cuando ya estábamos impacientándonos y preveíamos que de momento íbamos a ser hundidos de un cañonazo —una cascarilla de nuez— Morales, cuando ya nos hallábamos como a mil quinientos metros, gritó "listos para el abordaje, muchachos" y continuó repitiendo como un loco, "al abordaje!".... Las granadas y botes de metralla, caían a un lado y otro y pasaban por encima; pero ninguno dió en el blanco.... ¡Qué mala puntería! Esto diciendo, cuando el "Ancón" viró de súbito y puso proa hacia Panamá, disparándonos entonces con su cañón de popa. Ni así nos dió.... Nosotros le perseguimos hasta el Farrallón otra vez, y lo vimos llegar hasta la playa del "Trujillo", de donde no volvió a salir más!

El "Gaitán" puso proa de nuevo hacia Taboga, y allá llegamos, pero no volvimos a desembarcar, aunque de nuevo el pueblo se había aglomerado en la playa como antes, para saludarnos como a "vencedores", pues éllos habían presenciado el "gran" combate! Nos despedimos con una prolongada "sirenada" y al pasar cerca de un buque de vela que estaba fondeado fue mandado a tomar y lo llevamos como buena presa, por ser, se dijo del Alcalde señor Pedro Laffargue (Pita) y fue llevado al Puerto, a donde llegamos como a las dos de la tarde, en medio del entusiasmo de nuestros compañeros, contentos por vernos regresar sanos y salvos y el buquecito sin ninguna avería! Así fue cómo ocurrió el célebre combate naval con el "Ancón", el día 20 de Julio de 1900. Al día siguiente, 21, el General Herrera, con sus tropas, libraba el combate de Corozal y en el Puerto oíamos claramente el retumbar de los cañones y el nutrido traqueteo de los fusiles. De esta memorable victoria, no puedo dar ningún detalle por no haberme encontrado allí, toda vez que, como ya he dicho, no formaba parte del "Libres de Chiriquí", uno de los batallones que entraron en acción, y que contribuyó a con-

sumar ese resonante triunfo para las armas liberales. Al día siguiente, el Doctor Porras, quien estaba en La Chorrera aún, se movilizó con todo su séquito hacia el Puerto, con el fin de seguir, embarcados, hacia Farfán, como ya he dicho; y, con su llegada, hubo gran excitación y movimiento. En seguida se ordenó el embarque, y, como a la 1 de la tarde, empezamos a ocupar las naves de la flamante flotilla, que se componía de: el "Gaitán", como buque "Almirante", la "Cisterna" y el "Victoria", de vapor; y luego, la balandra "Helvecia", el buque del señor Laffargue, y como seis "Caracabalios" (bongos). En las dos primeras naves, iban el Doctor Porras y todos los altos personajes de su "Estado Mayor", así como los que iban sólo como "clérigos" sueltos, sin puesto en las filas de la soldadesca.... En los bongos, nosotros, los del montón! Jefe de toda la flotilla —como se ha indicado— lo era el Coronel Morales; Jefe de operaciones, el General José Cicerón Castillo, y encargado de las maniobras del transporte, José Mercedes Estévez, alias "el Cholo peruano", a quien el Doctor Porras le tenía mucho aprecio y le decía "el cholito". Emprendimos la marcha como a las 4, alcanzamos la punta de Venado, y ahí mandaron a hacer alto; se nos podía divisar desde Panamá, y ordenaron que mantuviera el "convoy" *al pairo*, hasta que oscureciera. Como las naves se acercaran mucho a la playa de Venado (lo que es hoy el leprosorio de "Palo Seco") la mayoría resolvimos irnos a tierra en los chingos que iban al remolque y, antes que los Jefes pudieran evitarlo, ya todos, o sea la mayoría de los "bongueros" estábamos gozando de un merecido descanso, asando mazorcas de maíz nuevo para comer y charlando con los humildes campesinos moradores de ahí. Como a las seis, tocaron las cornetas llamándonos, y a toda carrera acudimos a reembarcarnos. Ya oscuro se terminó esa tarea y, no obstante la pericia y el cuidado desplegados por el "Cholo peruano", hubo una mala maniobra al comenzar de nuevo el remolque, y uno de los bongos casi se voltea, yéndose unos cuantos al agua, pero nadie pereció, pues fueron rápidamente rescatados. Por supuesto, que muchos de los que saltaron, "voluntarios", hallaron la ocasión propicia para escaparse, y así había más amplitud en los apretados bongos. Continuamos la marcha, llegando a Far-

fán, en medio de la mayor lobreguez, como a las 10 de la noche. Pernoctamos toda la noche en plena playa, pues no había en donde meterse; aquello no era sino una "ratonera". Los escasos ranchos de paja, de carboneros y pescadores —que eso era aquel villorrio— fueron ocupados por los señores del Estado Mayor. A la mañana siguiente, cada cual fue a buscarse algún refugio o acomodo en donde mejor pudo, así como algo con qué apagar la sed y el hambre! Pero ahí, no se hallaba nada! El Jefe de operaciones, General Castillo, parecía un fantoche, muy togado de saco con corbata y todo, llevando una banda roja de la cual pendía un largo alfanje y un enorme revolvón 44 al cinto, anduvo en seguida por la playa mandando a recoger todos los botes carboneros que había y reunirlos en el estero para empezar el ataque al cerro Ancón, el cual decía se iba a tomar; si nó, "se cortaba un bigote"! Daba órdenes alocadas, se movía incesantemente, pero NADA que demostrara pericia militar. En 20 o más "chingos", embarcó un número regular de hombres, con el fin de hacerlos cruzar río (hoy Canal) pero qué vá!.... cuando llegamos al descubierto, frente al muelle de La Boca, el enemigo, que ya estaba apostado chí, abrió sus fuegos y hubimos de retroceder, ocupando posiciones para contestar el fuego, con el resultado de unos pocos heridos, entre los cuales el célebre "Chiriguaco", quien recibió una herida superficial en un hombro. Por la tarde, inventó hacer "una demostración" de fuerza, decía él, para impresionar a los *Godos*, y mandó a desplegar todos los batallones, con sus banderas, por la playa, con el resultado de que, desde la punta de Chiriquí, que oyeron las descargas de fusilería (al aire) y divisaron perfectamente la pantomima, abrieron fuego de cañón hacia allí, con un cañón de largo alcance y cuyas palanquetas a balas rasas caían pesadamente en el área de nuestro campamento, metiendo excitación a los medrosos. Mientras tanto, el Doctor Porras, en situación desesperante, no sabía qué camino tomar. Pasar el río, era imposible; tratar de desembarcar en Punta Mala (isla de Tacho) o Gavilán, tampoco. Qué hacer?.... Pues volvernos a embarcar. No teníamos ahí la flotilla? Y así fué. El 24 en la madrugada, una parte de nuestras fuerzas fueron embarcadas —los batallones "Colunje" e "Iturralde"— y lle-

vadas a la "Boca de la Caja", detrás de Paitilla, y el 25, el resto, o sea nuestro "Panamá", el Doctor y sus acompañantes hicimos lo mismo y desembarcamos, con media marea vaciante, en el mismo punto, bajo el cañoneo desde "Chiriquí" por el mismo cañón que disparaba a Farfán. Llegados a tierra, nos hicieron marchar, a paso forzado, pasando por los llanos de Mataznillo, hasta llegar a "Perry's Hill", en donde se hallaba el Cuartel General de la Revolución, para recibir órdenes. La orden terminante fue: "Al Puente!".... dada por el General Herrera en persona. Yo me adelanté y le dije: General, las trincheras no se toman con infantería, sino con artillería".... pero él me repuso: "Al Puente!", y, al Puente marchamos en silencio, cansados, decaídos, viendo a heridos y muertos por todos lados, mientras que el tiroteo adelante continuaba con vigor. Llegamos en formación hasta un punto como en donde está el Hospicio Don Bosco, y nos mandaron a replegarnos. Cada uno buscó su protección y empezó a disparar contra un enemigo que no veía. Así estuvimos como hasta la una, cuando se corrió la voz de que se había convenido una suspensión de hostilidades, para recoger heridos. Regresamos y acampamos, cerca del Cuartel General, en un punto alrededor de donde está el nuevo teatro que construyen, en la calle 43 y Vía España. Recuerdo bien que cuando íbamos avanzando en formación, una bala desperdigada, alcanzó a un muchacho, vestido de negro, de nombre Nicolás González, y cayó boca abajo, muerto. Era de los ingresados en el Puerto. Fué la única baja que tuvimos al llegar allí. Como a las dos se confirmó la noticia del armisticio, y entonces pudimos salir libremente a recorrer el campo....

Fué entónces, cuando, avanzando cautelosamente, un compañero y yo, pudimos llegar hasta a donde se divisaban bien las trincheras en el Puente y los soldados agazapados listos a disparar a quien o quienes se aventurasen a seguir más allá de la línea fijada de antemano. Lo que primero yo ví, frente a la calle que conduce a la iglesia de San Miguel, fue el cuerpo destroncado del Capitán Changalón, joven nicaragüense, artillero, alto y fornido, al pié de su cañón, el "perro prieto" de la "Negra Vieja" que él había manejado allí. Un pote de metralla le había llevado la cabeza, en mo-

mentos que tomaba la puntería, a campo raso, para disparar! Qué horror daba al verlo! Más adelante, cadáveres y más cadáveres, heridos y más heridos!.... Los lamentos e imprecaciones lanzados por algunos, partían el alma! Entre los muertos, pude reconocer perfectamente, a Samuel Rostrup, de bigotes y barbas rubicundos, padre de mi amigo Dimas Rostrup; a Rogerio de Agüero, a don Joaquín Arosemena, al Capitán Manuel Garzón, hijo del Coronel Manuel E. Garzón, viejo militar caucano, Ayudante que fué del Gran Tomás Cipriano de Mosquera, al señor Tejada, el patriarca y un hijo al lado, a Juan Antonio Mendoza, y en medio de un gran número de sus valientes hérces —los Cazadores del Pindo— el más héroe de los héroes, Temístocles Díaz!.... Refiere el General Manuel Antonio Noriega, en sus "Recuerdos Históricos" que, habiéndose hallado él al lado del General Domingo Díaz, en la prisión, cuando le llevaron la terrible noticia de la muerte de su hijo, se mostró inconmovible, estóico, y sólo le oyó exclamar: "Ah! si siquiera se hubiera triunfado!".... Esto trae a la memoria lo que refieren las crónicas históricas de la gran batalla de "Los Chancos". Allí hizo sus primeras armas el adolescente Rafael Uribe Uribe, recibiendo una herida en una pierna. Cuando le llevaron a Don Tomás Uribe Toro al hijo en camilla, le causó, naturalmente, viva impresión; pero viendo junto al herido a su hermano Heraclio, que le acompañaba sano y salvo, le dijo: "Y por qué no tienes tú ni un rasguño?.... "Porque las balas no son para todos", contestó. "Pues has debido alzar los brazos para que te vieran!", le dijo. Siendo, como lo era, el General Díaz de la misma madera, del mismo temple espartano del padre de Uribe, de seguro que habría, en caso análogo, increpado al hijo que hubiera acompañado el cadáver de Temístocles, si junto a este se hubiera encontrado otro "Heraclio"; pero no lo hubo, né.

Los muertos que más próximos al Puente se hallaban, y que yo ví, eran como 7 u 8 soldados del Coronel Díaz, a menos de cien metros. Estaban hacinados en una especie de *cabina* o caseta de madera que había frente al edificio Müller. Parece que éllos habían intentado un asalto a las trincheras y, no pudiendo, se refugiaron ahí de regreso, siendo acribillados juntos. Mantenían distintas posiciones y a uno le habían des-

trozado el cráneo y se le veían los sesos! Yo traté de acercarme a éllos, pero un tiro de advertencia me hizo retirar de esos lugares, por entre cadáveres y heridos. Ya empezaban a llegar las ambulancias que entraron a recoger heridos para llevarlos a los Hospitales de sangre en la Ciudad. Luego tomé el viejo camino de "La Cantera", e internándome por entre las malezas salí otra vez al camino real de Las Sabanas, y llegué a donde se hallaba el "batallón". Toda esa noche la pasamos en el campamento, inactivos; en cambio el Gobierno sostuvo toda la noche un fuego intenso, sin descansar un minuto. Al día siguiente, todo era tristeza y quietud en nuestro campo; no se dejó escuchar el toque de cornetas acostumbrado al rayar el alba. Amaneció. Como a las 7, yo divisé la bandera blanca izada en el mástil de "Perry's Hill" en donde antes tremolaba la roja, y sin decir nada, me dirigí allá. Todo había concluído; el General Herrera y su Estado Mayor se habían marchado; sólo el Dr. Porras con el Doctor Mendoza, otros Generales y Oficiales, cabizbajos y tristes, se hallaban ahí. Yo ví, y sin decir una palabra, comprendí que la hora final había llegado y bajé corriendo para avisarle al Coronel y demás compañeros. "Coronel, le dije, ya todo ha terminado. Ahora, sálvese el que pueda". El, muy airado, me contestó: "Qué dice Ud.?" "Quién le ha dicho eso?". —Lo que oye, y yo me voy, adiós! Y tomando la bandera y el rifle, los llevé y dejé junto a otros ya abandonados a la subida del cerro, en el Cuartel General. Hecho esto, me fuí a ver a dónde hallaba cómo comer algo, pues hacían dos días largos que no comía nada. Por fortuna andando un poco, dí con unos compañeros que comían de una yuca y carne salcochadas sin sal y me dieron mi ración. Agua, bebí de unas pozas que por ahí había. Así pasé el día, vagando de sitio en sitio lejos de aquel horror, hasta las seis de la tarde cuando me dirigí al Puente, y me permitieron pasar sin ninguna molestia, ni me despojaron de mi revólver que aún portaba. Llegué a mi casa, en medio de la mayor tristeza....

General

Benjamín Herrera

TRILLANDO POR LOS SENDEROS DE LA HISTORIA

Epoca del "Ejército Unido del Cauca y Panamá" 1902

I

Mucho se ha tecleado en las máquinas de escribir, muchos linotipos y caracteres de imprenta se han empleado en relatar hechos y hazañas verificados en aquellos días —lejanos ya— cuando en el territorio de nuestro Istmo, fuerzas contrarias, defendiendo sus respectivos ideales, combatían con un furor bélico digno de mejor suerte; mucho se ha dicho —en veces honrando la verdad histórica y otras traicionándola miserablemente— respecto de las operaciones militares efectuadas, los movimientos y acciones de guerra; pero, concretándonos a esa parte de la llamada "Guerra de los Mil Días" en que le tocó actuar aquí al denominado "Ejército Unido del Cauca y Panamá", no obstante que plumas consagradas, con prestigio de historiadores y narradores auténticos se han ocupado en relatarnos con detalles más o menos exactos, más o menos veraces acerca de aquellos hechos bélicos, yo observo que aún no se ha expuesto todo lo relacionado con las actividades desplegadas aquí por el mencionado Ejército capitaneado por el General Benjamín Herrera. Aún no se ha dicho nada que dé a la Historia las informaciones fidedignas que ha menester en lo que se relaciona con su Organización, Estrategia Militar y Disciplina, desde que dicho Ejército, comandado por el General Herrera, arribó y entró en acción inmediata a las costas ístmicas por la Ensenada de Tonosí.

Ya sabemos bien cómo el General Herrera fué nombrado por el General Vargas Santos, Director General de la Guerra, para Jefe de operaciones en las costas colombianas del Cauca y Panamá, y cómo el General Herrera, desplegando una pericia admirable y un tacto militar asombroso, consiguió, con la cooperación de activos y competentes Jefes y Oficiales,

reunir los restos dispersos de las fuerzas liberales derrotadas en la inmortal batalla de "Palonegro" y otras acciones de armas sucesivas por varios Departamentos en que el Ejército del General Uribe Uribe y del mismo Herrera huyeron a la desbandada, cruzando cordilleras y vadeando ríos, lograron alcanzar la costa del Pacífico; que reorganizadas luego esas fuerzas en la región fronteriza con el Ecuador, marcharon contra las fuerzas del Gobierno en los puertos de Tumaco y Barbacoas, a las cuales vencieron, siendo nuevamente reorganizadas y aumentadas allí con importantes refuerzos con elementos de todo género, formándose así la más grande y poderosa expedición que jamás se hubiera efectuado durante aquel período revolucionario.

Contaba para ello el General Herrera con el vapor "Iris", contratado en El Salvador, el cual fue armado en Guerra y artillado con poderosos cañones, que lo pusieron en condiciones para luchar con ventaja con las naves que el Gobierno poseía en ese entónces en estos mares, siendo luego rebautizado con el nombre legendario de "ALMIRANTE PADILLA".... completando la "Flotilla de guerra" con los pequeños barcos de vapor el "Cauca" y el "Panamá" tomados al Gobierno en los combates en Tumaco, como cañoneros y varios veleros como buques auxiliares de transporte, lo cual está evidenciado en la "Alocución" que el General Herrera dirigió, como "Director de la Guerra en el Cauca y Panamá" abordo del "Almirante Padilla", el 1o. de Enero de 1902, en la Bahía de Tonosí, en la cual entre otras cosas, dijo: "Contamos por primera vez en el Pacífico, con una flotilla compuesta de un crucero de guerra "El Almirante Padilla", de dos cañoneros "El Cauca" y "El Panamá" suficientes para dominar las aguas nacionales de este océano. Guarnece la flotilla un ejército vencedor en la memorable campaña de Barbacoas y Tumaco, cuya calidad y excelencia tiene la más gloriosas preseas." ("Memorias" del doctor Lucas Caballero, página 158.)

Ese Ejército expedicionario, contaba de un efectivo de tropa y oficialidad de 1500 plazas. Acompañaban a Herrera como sus auxiliares, colombianos notables civiles y militares, como los doctores José A. Llorente, Secretario General de la

Dirección y el doctor Lucas Caballero, quien fué luégo su Jefe de Estado Mayor generalísimo. Completaban la lista de altos personajes los Generales Paulo Emilio Bustamante, quien fue el Sub-Jefe del mismo; Gral. Justo L. Durán, Gral. Sergio Pérez, Gral. Francisco Serrano, Paulo E. Morales, Simón Chaux, J. M. Vezga y Avila y Rafael Santos V., Comandante que fué del "Padilla". Venía, además, una pléyade de bizarros Generales que en la organización en el Istmo del "Ejército Unido del Cauca y Panamá", llegaron a comandar, junto con otros Generales del Istmo que más adelante mencionaré, las respectivas Divisiones de que llegó a componerse dicho Ejército. Entre otros más eran: Rafael Díaz Morkum, Emilio López, Ramón Buendía, Julio Plaza, Juan Jacobo Restrepo, Víctor M. Ogliastri y muchos Coroneles que ocuparon puestos como Jefes de batallones y de Estados Mayores divisionarios, como Eduardo Ortiz, Plácido Serrano, Clímaco Rodríguez, Simón Arboleda, Mariano Sandoval, Roberto Uribe, segundo Comandante del "Padilla", y muchos otros de largo enumerar. Este fué el Cuerpo de Jefes que componían el acompañamiento del General Herrera en su atrevida expedición que arribara, como se ha dicho, a la bahía de Tenosí, en la trade del 24 de Diciembre de 1901.

A poco de pisar tierra panameña, el General Herrera expidió otra proclama así:

"Istmeños:

"El numeroso ejército que comando, compuesto de soldados aguerridos y Jefes de honor, abnegados, valerosos y expertos, viene a traeros la tranquilidad y la paz de que no gozáis hace más de dos años; viene a quebrantar para siempre las cadenas que os oprimen y a fundar en esta región colombiana un gobierno justo, de civilización y progreso."

"En esta guerra cruenta, en que por desgracia nos debatimos los colombianos, le cabe al partido liberal la gloria de luchar por los ideales nobles y por la efectividad de derechos desconocidos y hollados; le cabe la gloria de combatir por el imperio de la tolerancia que es la base de la armonía y de la prosperidad de los pueblos."

"Del partido liberal triunfante nada tienen, pues, que temer los que hayan sido sus leales convencidos adversarios; nada tienen que temer los que no hayan cometido actos de crueldad, injustificables en toda guerra y mucho más en guerra de hermanos; nada tienen que temer los que no estén manchados con sangre de víctimas inocentes y con infames peculados." ("Memorias" del Gral. Caballero, pág. 159.)

También sabemos, asimismo, que el General Herrera, luego de tomar, tras cruenta y obstinada resistencia de la aguerrida guarnición del Gobierno allí, la población de Tonosí, corrió a auxiliar a las fuerzas que, bajo el mando del Doctor Porras y el General Victoriano Lorenzo, se hallaban fuertemente presionadas por fuerzas muy superiores al mando del General Francisco de Paula Castro en el campamento de la "Negrita".

Cumplido este empeño, las fuerzas de Herrera y Porras llegaron a unirse y así se cumplió el objetivo principal del nombre "Unido del Cauca y Panamá" que, con espíritu visionario, concibiera el Director General de la Guerra, Gral. Vargas Santos.

Hasta aquí, la descripción, a grandes rasgos, o sea en forma comprimida, la descripción de cómo empezó a formarse el más grande, bien armado y mejor organizado y disciplinado de los Ejércitos liberales que operaron en el Istmo durante la Guerra de los Mil Días". En la continuación se describirá, dentro del mayor empeño en mantenernos dentro del molde de la Verdad, de cómo eran la organización, régimen militar y disciplina que inspirara a la Dirección para el funcionamiento, en el futuro, de dicho Ejército.

II

Concibo la creencia de que no pocos de mis lectores van a sufrir sensible decepción cuando no hallen en estos cortos y pobres relatos descripciones de combates, movimientos bélicos de tropas ni marchas y contramarchas como solía suceder durante aquellos tiempos de lucha armada en operacio-

nes de guerra. No, esos detalles no entran en mis propósitos, puesto que ya han sido dados hasta la saciedad y por plumas tan elocuentes y brillantes como la del General Caballero en sus "Memorias" y de otros historiadores no menos autorizados en la narración de aquellos hechos.

Ya he dicho antes que yo sólo quiero referirme a la parte "técnica" o sea a su organización, y, si así se pudiera decir, a su Indole moral, representada por su disciplina y comportamiento como cuerpo militar, compuesto de distintos órganos o dependencias, que operaba bajo la más rigurosa disciplina y una sola suprema voluntad, cual era el Director de la Guerra en el Cauca y Panamá, General Benjamín Herrera.

No pretendo aquí hacer la semblanza del General Herrera; pero sí puedo decir que era ese General una de aquellas personas que, al mirarle cara a cara por primera vez, su fisonomía jamás se olvida. Quiero confesar que la primera vez que a mí me tocó esa oportunidad de enfrentarme con él, fue cuando, después de acaecida la muerte del General Obregón y hallándome en Aguadulce, del Cuartel Generalísimo, en David, enviaron al General Juan Jacobo Restrepo Uribe, primo del General Uribe Uribe, personificación de la cultura y prototipo del caballero, para ocupar el puesto dejado vacante de la Comandancia de la División. A su llegada a Aguadulce, y luego que se hubo posesionado, yo acudí a su Despacho a saludarlo y ponerme a sus órdenes, tanto porque era mi deber como oficial así como porque entre él y yo había nexos de mutua amistad contraídos en las celdas de la prisión, cuando, a mediados del año anterior, él y yo, junto con otros liberales distinguidos, éramos "huéspedes" del General Albán en el antiguo Cuartel de Policía hoy de la Secreta Nacional." Aun puedo recordar algunos nombres de aquellos ex-compañeros de "aulas" con quienes compartí días de zozobra e impaciencia, hasta que, mediante memorial que dirigí al General Albán, pidiéndole mi libertad por estar sufriendo de pertinaces fiebres palúdicas, éste ordenó conducirme a su presencia y, tras severa reprimenda, me dijo que "o me iba del país —tal fué el dilema— o me moriría en la cárcel." Opté por lo primero y enseguida le ordenó a su Subsecretario de

Gobierno, que lo era don Adolfo Alemán, que expidiera un pasaporte para que yo saliera del país (a Costa Rica) por.... "pernicioso", piadoso calificativo que yo le imploré cambiar por: "revolucionario impenitente", alegándole que en ningún país dejarían entrar a nadie con tan *honrosa* recomendación. Y así fué como me despedí de Don Carlos Clement, Don Rafael Neira A., Don Tomás Noriega, Don Nemesio Medina, Coronel Jorge Tadeo Lozano, Don Justo Pastor Ríos, poeta colombiano, el General Restrepo Uribe, y muchos otros cuyos nombres he olvidado. Este recuerdo de nuestra obligada compañía, en aquel lugar de "descanso y meditación", hizo que el General Restrepo Uribe me recibiera, al reconocerme, con los brazos abiertos y enseguida me designó para servirle como "correo de gabinete" portando su correspondencia oficial y los valores personales del difunto General Obregón, al Cuartel Generalísimo, en David, o sea al propio General Benjamín Herrera, comisión que complacido acepté y cumplí.

Cuando, tras un viaje asaz penoso a lomo de mula (caminos malísimos, ríos crecidos, etc.) llegué a David, no hallándome animado a presentarme solo ante tan respetable como elevado Jefe, se me ocurrió, buscar un introductor y nadie más aparente que el Jefe Civil y Militar del Departamento, General Manuel Quintero V., quien gustoso se prestó a conducirme ante el respetable General. Este, al recibir mi saludo entregándole la importante y delicada encomienda, clavó en mí su mirada severa a la vez que acogedora, ejerciendo en mi ánimo una sensación de profundo respeto. Tras breves preguntas de él y respuestas mías, me despedí y le pedí órdenes para regresarme a mi puesto en Aguadulce, contestándome él el rompe: "No, Capitán Araúz; usted permanecerá aquí hasta que se le dé de alta por "Orden Generalísima". General Quintero, tenga Ud. al señor Araúz en la Reserva hasta 2a. orden." Nos despedimos y salimos; yo, vivamente impresionado....

Hecha esta breve referencia a la personalidad del General Herrera que yo estimé como de lo más robusta y distinguida, pido mil perdones por haberme por fuerza tenido que mencionarme, y continúo con el propósito que me guía, cual

es la organización que ese hábil Capitán, verdadero conductor de hombres, supo darle a su Ejército, como militar de vastísimos conocimientos y experiencia en el arte de la guerra. El Ejército que comandó el General Herrera, era una organización militar, científicamente concebida y matemáticamente practicada. Más adelante daré algunos detalles.

No llegó el General Herrera al Istmo con su lujosa expedición como una horda de vándalos; no se consideraba él un "Atila"; nó, y esto queda comprobado con la "Proclama" que expidió y que dejé copiada en mi anterior artículo, en la cual están más que patentizados sus sanos sentimientos de luchador infatigable por un Ideal y no como un conquistador, ambicioso, y menos como un Jefe de "guerrilleros", "salteadores en cuadrillas de malhechores" para justificar así los epítetos infamantes con que solían regalar los regeneradores a los revolucionarios entónces, y de lo cual se hacen eco, todavía, con desconocimiento de la Historia (o por el prurito de ofender) los actuales impenitentes detractores del Liberalismo, sus hechos y hombres del pasado!....

III

Con la unión de las fuerzas comandadas por el Doctor Porras y Victoriano Lorenzo, salvadas en "La Negrita", debido a las actividades estratégicas desplegadas por Herrera contra el enemigo, quedó aumentado considerablemente el "Ejército Unido", formando así un sólo cuerpo homogéneo y obedeciendo a un sólo Jefe: Benjamín Herrera. Con estas fuerzas había un contingente de Jefes notables que rodeaban al Dr. Porras, los cuales fueron colocados por Herrera en posiciones de importancia, ya como Jefes de Divisiones, Estados Mayores y otros puestos en que sus servicios eran eficientes. Eran éllos: General Manuel Quintero V., General Pablo E. Obregón, General Antonio Papi Aizpuru, General José María Lugo, General Faustino S. Mina, el Doctor Eusebio A. Morales, el Doctor Carlos A. Mendoza, Coronel Juan E. Goytía, así como otros elementos que no formaban parte de esas fuerzas pero que eran residentes aquí y que acudieron a unírsle, como el General Heliodoro Vernaza, el General Federico Barrera, el Ge-

neral Manuel Antonio Noriega, General Juan N. Saavedra, Coroneles Genaro Mendoza y Benjamín Quintero A., Doctor Francisco Filós, Coroneles Luis García Fábrega, Milcíades Rodríguez, Jorge Tadeo Lozano, Rosendo Herrera y muchos otros que fueron llegando después siendo incorporados en los respectivos puestos que les eran designados, según sus aptitudes y capacidades, hasta completar las nueve Divisiones de infantería, de que llegó a componerse el gran Ejército, más una de Artillería, dos regimientos de Caballería y un batallón de Zapadores, todo con sus bien acondicionados equipos y Jefes y Oficiales adiestrados y expertos. Había, además, un Cuerpo Médico compuesto de médicos distinguidos como el Doctor Eduardo Uribe Restrepo, Dr. Ezequiel Abadía, Dr. Alejandro Pérez R., Dr. Joaquín Pablo Franco y otros que atendían a las necesidades sanitarias de esas fuerzas.

Tal era el "Ejército Unido del Cauca y Panamá" y del cual puedo dar exacta cuenta. Esto, en cuanto a su organización se refiere; respecto de su funcionamiento, todas las órdenes y disposiciones emanaban directamente del Estado Mayor Gneralísimo cuyo Jefe era el General Lucas Caballero, quien las expedía "de orden del Director de la Guerra en el Cauca y Panamá" por medio de "Ordenes Generalísimas". Ningún grado, ningún ascenso ni promoción se hacía sin que emanara del Estado Mayor Generalísimo", mediante la respectiva "Orden Generalísima." Ningún general de División estaba autorizado para conceder grados, ni conferir ascensos; sólo podía hacer recomendaciones de sus subalternos y a tal efecto una "Orden Generalísima" fue expedida "encareciendo a los Jefes Divisionarios no hacer recomendaciones de ascensos que no tuvieran plena justificación," a fin de que sus distinciones correspondan a méritos efectivos y para establecer que los grados en la carrera militar sean un estímulo al propio tiempo que una credencial de idoneidad" "se encarece, pues, a todos los jefes, no soliciten ascensos de subalternos sin el comprobante de acciones que los justifiquen." (General Caballero, pág. 262.) Era así como se concedían, sin excepción, todos los grados y ascensos militares.

Antes de seguir adelante acerca de la organización y funcionamiento, quiero tratar aquí, a manera de "cuña", algo

que ocurrió en el Ejército y que pudiera ser de importancia exponer, por cuanto ello podría ser motivo de referencia de alguien que, haciendo uso del derecho a opinar en favor o en contra de estas exposiciones mías, quisiera hacer alusión a la desarmonía que existía —o parecía existir— entre los dos sectores del Ejército, o sea el del llamado "del Cauca" y de "Panamá"; y, aunque yo podría muy bien eludir el tema, por juzgar que ello tiende a desacreditar o demeritar la institución (el mismo Ejército) en cuyo buen nombre hablo; y porque, al comenzar mi narración este sujeto no entró como tópico principal de mis propósitos, voy, sin embargo, a tratar someramente de elucidarlo, desde el punto de vista de mi personal apreciación. Se trata de las relaciones entre las dos facciones de "centranos" y "panameños", ambos bajo el denominativo común de "colombianos" que éramos entónces todos.

Se generalizó, desde el comienzo de la campaña, que un cisma o rivalidad se había creado, por cuanto que los colombianos de allende el Atrato, se expresaban en forma despectiva de los istmeños y no desperdiciaban la ocasión de inferirles agravios y desaires, juzgándose, sin duda, superiores, más valerosos, etc., ya se tratara de oficiales con la tropa, o de jefes y oficiales con éstos de menor graduación.

Pero, si he de ser sincero, en lo que a mí respecta —y "cada uno habla de la feria según le vá en ella", reza el refrán— yo nada tuve que sentir en cuanto al trato que, como oficial primero, ni como jefe después, recibiera de mis inmediatos superiores, que lo fueron durante el término de la campaña, miembros varios de aquellos caballeros colombianos, y que, al terminar aquella, con el Tratado del "Wisconsin", el 21 de Noviembre de 1902, tomé el camino de mi casa, sin abrigar resentimientos ni odios contra nadie, por ofensas ni desaires de parte de Jefes u Oficiales; antes por el contrario siempre se me dispensó trcto deferente y cortés.

Todo Dios supo, porque fué trascendental, del serio disgusto habido entre el General Herrera y el Doctor Porras, degenerando en un lance personal, por motivos que sólo éllos sabían, y en que el último llevó la peor parte siendo maltra-

tado por Herrera y siendo luego encarcelado sin piedad, pudiendo escaparse más tarde poniendo fin a sufrimientos mayores el Doctor. Debido a esto, algunos amigos y adictos del Doctor Porras cayeron en desgracia para la Dirección, principalmente el Doctor Carlos A. Mendoza, el más allegado a él y su Secretario General, "figura prestantísima de Panamá" como lo califica el Doctor Caballero en sus "Memorias", fue "sancionado" por Herrera, sin que hasta la fecha se haya conocido, de manera real, verídica, el motivo de aquel proceder *olímpico*, del Generalísimo, ni en qué consistió esa "sanción inolvidable para un hombre de honor" según así lo consigna el mencionado Doctor Caballero en la página 361 de sus citadas "Memorias".

Por contra, puedo declarar, basado en los hechos, que muchos Generales, Coroneles y aún Oficiales "panameños" en el Ejército —sería largo enumerarlos— fueron objeto de merecidos ascensos los últimos y de deferencias y atenciones de reconocimiento a méritos los primeros, al igual que a los "centranos", de parte de la Dirección y del Estado Mayor Generalísimo.

IV

Ahora, continúo:

Los Estados Mayores divisionarios expedían, diariamente, respectivas Ordenes Generales; pero sólo para lo relacionado con el servicio de la División, como nombramiento de "Jefe de Día", guardias de prevención y comisiones. En cada Estado Mayor divisionario había un libro para copiar las "Ordenes Generalísimas" y otro para las de la División. De aquí tomaban copias los batallones mediante disposición del Comandante del cuerpo, a fin de que fueran conocidas por la tropa todas las disposiciones dictadas tanto por el Estado Mayor Generalísimo, como por el de la División. Esto sólo sucedía cuando todo el Ejército estaba reunido en un sólo punto, como sucedió durante el sitio de Aguadulce. Terminado éste, cada División giró a ocupar distintas plazas para comenzar la preparación para la esperada "marcha" hacia Panamá, la cual nunca llegó. Entónces las faenas eran, inde-

pendientemente, realizadas bajo las más estrictas reglas de la táctica militar, ya que la vida cuartelaria se imponía, y había que darle cumplimiento a todo lo ordenado por el Estado Mayor mediante las Ordenes Generales que, como se ha dicho, se expedían diariamente y era así como funcionaba, con toda exactitud, y la más rígida disciplina, ese Ejército, uno de los mejor organizados para el servicio de campaña, disciplinado en el cumplimiento de sus deberes, como la orden y respeto impuestos, como se ha dicho, gracias a las premoniciones y saludables advertencias que por "Ordenes Generalísimas" se les hacía. Como prueba, ahí va la copia de una:

"Orden Generalísima".... Artículo 1o. "El Director de la Guerra en el Cauca y Panamá", presenta su saludo a los Ejércitos y la flotilla de su mando; desea que esas agrupaciones de patriotas sigan una carrera de triunfos cuyo final resultado sea para la patria de bienes y para el Liberalismo de glorias; cuenta con que, en su conducta, sabrán siempre mantener en alto el nombre liberal libre de manchas que lo empañen o de crueldades que lo deshonren, y espera que siempre rivalizarán en estas fuerzas y en las que sigan levantándose el valor en los combates, con la nobleza y la generosidad en los procederes." "El General, etc., Lucas Caballero."

En cuanto al orden social y a la moral en todos sus aspectos, hasta donde estos atributos humanos puedan exigirse de un Ejército en campaña, de hombres que están exponiendo sus vidas, a más de los combates, en distintas contingencias, nadie podrá contradecir que ambos eran bien observados por éste, ya que la obediencia en gradación del Jefe hasta el soldado y de todos al Comando supremo, era casi perfecta; y, en cuanto a los principios religiosos, no obstante las injustas acusaciones hechas por los enemigos jurados del Liberalismo de que las huestes liberales perseguían a la Iglesia y sus dignos representantes, ahí tienen esa

"ORDEN GENERALISIMA DEL 3 DE MAYO DE 1902".

"Disposiciones"

"De orden del Director de la guerra en el Cauca y en Panamá se hacen conocer del Ejército las siguientes":

"Artículo 2o. Se encarece a los Jefes para que lo pongan en conocimiento de los oficiales y lo hagan cumplir de la tropa, el mayor respeto por el culto religioso que se ha establecido en esta ciudad en estos días. Ser o no creyente es cuestión de fuero interno, que no desdice ni confirma el carácter liberal; pero ser respetuoso del derecho ajeno tanto como del propio sí es carácter esencial del Liberalismo y parte la más importante de los principios que informan esa escuela política. Ahora bien, el culto cristiano ha sido y es respetable y respetado por las más altas civilizaciones de las distintas razas y de todos los tiempos. De consiguiente, pueden los miembros del Ejército asistir o no a las funciones religiosas si con ello dan satisfacción o no a sus propias creencias; pero practicantes o incrédulos al presentarse en la iglesia deben hacerlo con el respeto que imponen la propia cultu emás. Todo lo anterior se Director General de la Gu udante General y Secretario de la Dirección, Lucas Caballero". (Memorias de la "Guerra de los Mil Días", página 306).

Dejo así terminada esta pobre y deficiente narración hecha sí, con la mejor intención de dejar consignados hechos o sucesos acaecidos medio siglo há —casi— y pudiera ser que, al darse cuenta de mis lucubraciones algún ex-compañero de los que aún viven, con más capacidades y autoridad que yo, la refute —a lo cual tiene todo derecho— tendiendo a rectificar si me he equivocado, o a aumentar con otras informaciones, enriqueciéndolo, el acervo de datos fehacientes para los que escriben la historia.

El Sitio, Juan Díaz, Julio 21 de 1951.

BREVES REFLEXIONES ACERCA DEL FUSILAMIENTO DEL GENERAL VICTORIANO LORENZO

1o.—Fué un acto premeditado por militares colombianos?

2o.—Fué un caso de Justicia Social?

3o.—Fué una venganza azuzada por un grupo de fanáticos políticos locales?

El 15 de Mayo de 1903, un hombre de origen campesino, —un "cholo", como lo llamaban— fue ejecutado por un pelotón de soldados del Batallón "Colombia", contra la muralla que daba hacia la playa, frente al cuartel, en la antigua "Plaza de Chiriquí". Ese hombre humilde, ese "cholo", se llamaba en el mundo de los cristianos, "Victoriano Lorenzo"!

El único crimen que se le imputaba, era el de que, allá en sus regiones montañosas y más aún en su campamento de "La Negrita", como si dijéramos la "Vendée", había asesinado a Jefes y Oficiales de las fuerzas del Gobierno. Estábamos en guerra, —guerra civil colombiana— y allá iban a atacarlo, y él, se defendía!

Lo cierto es que el fué matado, ultimado, por soldados de las fuerzas victoriosas, que, mediante un tratado solemne, se habían obligado a respetar y proteger las vidas y propiedades de todos los que estuvimos formando parte de las fuerzas capitulantes de la Revolución.

Tantos años han transcurrido desde entónces....!; tánto tiempo ha pasado desde aquélla fecha lúgubre; miles de velas de cera y esperma se han consumido y cuánto aceite en lámparas votivas encendidas, noche y día, en la tumba del

"mártir" a quien el fervor popular ha consagrado como un "Santo" y a cuya ánima acuden, como intercesora, en sus momentos de tribulación y angustia!

Y, el Pueblo, muy rara vez se equivoca!

Lo extraño es que, hasta la fecha, no se haya puesto en claro, con claridad de aurora, la verdadera causa por la cual el "reo" fue ajusticiado.

La Historia, nuestra historia patria, de manera lacónica, apenas sí se ocupa de ese acontecimiento, así: Página 308: "Tres hechos, atroz el uno y escandalosos los otros, confirmaron esto: el fusilamiento de Victoriano Lorenzo, cuya vida protegía un solemne tratado celebrado bajo la garantía del pabellón americano; etc..... ....."de la sangre cruentamente derramada, fue responsable directo Pedro Sicard Briceño"; (Compendio de Historia de Panamá, de Arce y Sosa, 1911) y, nada más; respecto de la causa, juicio, etc., nada consignaron nuestros historiadores, no lo ha dicho nadie. Silencio absoluto. Pareciera como si, con la colocación del cuerpo inanimado del sér ajusticiado injustamente, en la sepultura, quedara cerrado para siempre este capítulo triste y deshonroso para nuestra Historia Patria. Pero nó! ahí está la tumba iluminada, atrayendo con su fulgor perenne, a todas las miradas de los que por ahí van, indicándoles aquel especie de "santuario" en donde velan—cual místicas Vestales—la Piedad y el Amor de un Pueblo!

En escrito recientemente publicado, he revelado yo, pues fuí testigo presencial, cómo el General Lorenzo se resistió a entregarse e incitó a los suyos a la rebelión. El motivo que él tuviera para ello, no lo supe, ni creo lo haya sabido nadie a ciencia cierta; el hecho positivo es que él fue sometido por fuerzas de la Revolución —ya rendidas, pero no entregadas aún— y pasado a poder de las autoridades militares del Gobierno, de cuyas manos no volvió a escapar. Y aquí llegó el primer punto de mis enunciados arriba expuestos:

Sería ese un acto deliberado, ya planeado desde antes de firmarse el Tratado, y para lo cual, se dijo entónces con mucha insistencia, incluyeron los señores Comisionados una cláusula secreta?....

Yo niego esta especie por dos razones: la 1a. que, habiendo transcurrido tánto tiempo, esa cláusula, de haber existido, hubiera sido denunciada por alguien, y el Doctor Lucas Caballero, en su Historia, publica, íntegro, el Tratado y no habla de cláusula secreta alguna, y sí publica, también, otro tratado secreto, que él llama "Pacto reservado", el cual no fué sino especialmente para cancelar, por parte del Gobierno, el saldo a deber por el General Benjamín Herrera, la suma de dieciseis mil libras esterlinas, por el vapor de guerra de la Revolución, "Almirante Padilla", el cual pasó a manos del Gobierno, pacto secreto que se cumplió con toda exactitud, como está publicado en el libro citado del Dr. Caballero; y 2a., porque de haber propuesto alguno de los Comisionados del Gobierno que tal cláusula secreta se firmara, había uno de los Comisionados de la Revolución, hombre civil; el Doctor Eusebio A. Morales, quien era incapaz de haber aceptado semejante felonía, que no otra cosa hubiera sido aquello. Yo, como infinidad de ciudadanos panameños, conocí a fondo al Dr. Morales, y lo supe hombre de una sola pieza; que jamás, en toda su larga vida de funcionario público, ni de ciudadano, ejecutó —ni lo permitió— ningún acto que envolviera deshonor o descrédito. Por algo, —porque conocía también a fondo su carácter honrado y firme— lo escogió el Dr. Caballero para que lo acompañara en esas trascendentales negociaciones, o, como ha dicho él, "para debatir el asunto."

Por eso, pues, afirmo yo que el General Lorenzo no quedó excluído del Tratado del "Wisconsin".

El segundo punto, es: que si fue un acto de Justicia Social. Huelga entrar a analizar el caso, toda vez que no hubo expediente en donde constara la acusación, ni tribunal civil que lo juzgara y venciera en juicio. No hubo, pues, acción judicial, que es el medio legal para que la vindicta pública ejerza sus funciones de sanción social.

Descartados los dos puntos anteriores, sólo resta por examinar éste: ¿Fué una vengnaza política?... Como se ha esbozado arriba y lo saben muchos de mis contemporáneos, que sboreviven, el General Victoriano Lorenzo, luchó como un héroe, porque era valiente y audaz —y yo pude apreciar su re-

cia personalidad, pues lo conocí personalmente, aunque no milité bajo su comando— que en defensa del credo liberal estuvo combatiendo, solo, como guerrillero, casi sin armas ni otros elementos, allá en sus montañas por las "Churuquitas", Río Grande y especialmente en su célebre reducto "La Negrita", hasta donde llegaban, con el fin de perseguirlo y destruirlo, legiones de bien armados y aprovisionados militares del Gobierno. ¡Y el que vá a la guarida del tigre, se expone a sufrir los zarpazos! El se burlaba de éllos, haciéndoles caer en emboscadas y trampas en donde los cogía y aniquilaba, y así acabó con la flor y nata de oficiales y aún jefes, como el Comandante de la Policía Nacional, etc. Allí se sostuvo hasta cuando llegó el Dr. Porras con su segunda invasión por la costa atlántica. Pero ya antes, había estado allí, combatiendo juntos, el General Manuel Antonio Noriega, quien, después del célebre combate de "Los Picachos" verificado el día 13 de Mayo de 1901, resolvió desbandar sus fuerzas, en vista de la imposibilidad de recibir las armas y municiones que le eran menester para seguir combatiendo. El Doctor Porras unió sus fuerzas invasoras a las del General Lorenzo, quien había acudido en su auxilio, y juntos se enfrentaron entonces a las fuerzas regulares mandadas por el General Castro, hasta que llegó el General Benjamín Herrera, uniéndose éllos a las fuerzas del "Ejército Unido del Cauca y Panamá". Ya aquí vino el General Lorenzo a tomar participación, en forma brillante, que le valió, después del primer combate de Aguadulce, en donde probó sus quilates de combatiente, el honor a recibir la distinción de jefaturar una División de dicho Ejército, con que le invistió el General Herrera.

Hasta aquí la historia de los movimientos del General Lorenzo, antes de celebrarse el famoso Tratado, cuyo cumplimiento, por parte de los vencedores, dejó mucho que desear. Pero el odio había caído ya, como un pulpo, sobre el prisionero y, con Tratado o sin Tratado, aquél debía cobrar del bravo guerrillero el fruto de sus hazañas, vengando la sangre derramada por él, en su propia defensa!....

De aquí, pues, que un grupo numeroso de fanáticos feroces, hombres y mujeres, valiéndose de sus poderosas influencias políticas, consiguiera que el Gobierno de Bogotá

designara un Delegado Especial, un "SICARIO", para que viniera a consumar el crimen, crimen horrendo, cual era: fusilar, sin fórmula de juicio, con la simple orden de "preparen!, apunten!.... fuego!" a una víctima del ODIO inspirado por la pasión política!....

Por eso fué, en mi humilde opinión, por lo que fusilaron a Victoriano Lorenzo, el 15 de Mayo de 1903!

Sólo por solicitud de un amigo que me ha pedido dijera lo que supiera respecto de este caso, he escrito estas mal hilvanadas informaciones; pero ojalá que esto sirviera de aperitivo a otro u otros de mis contemporáneos, compañeros de armas o nó, pero que tuvieren ocasión de daros otros o mejores detalles que yo, que los dén; que hablen, que la historia ha menester, para ser escrita con veracidad, del concurso de todos los ciudadanos que tengan el valor y la franqueza de manifestar lo que saben y sepan decirlo. Y así es como se forma la Historia....

El Sitio, Juan Díaz, Octubre 21 de 1949.

CARTA AL DIRECTOR DE LA "ESTRELLA DE PANAMA"—

El Sitio, Juan Díaz, Julio 2 de 1951

Señor don
Tomás Gabriel Duque,
Director de La Estrella de Panamá,
Presente.
Muy estimado Sr. Director y amigo:

Una vez más vengo en solicitud de espacio en su muy leído periódico, con el fin de referirme, en mi calidad de viejo liberal, con actuación efectiva —aunque modesta— en los pretéritos ajetreos revolucionarios durante el período que la Historia ya ha calificado con el nombre de la "Guerra de los Mil Días", a unas frases que me hallo con autoridad para rectificarlas, externadas con seriedad de HECHOS HISTORICOS y que como tal pudieran aceptarse, si aún no hubieran, para

desvirtuarlos, testigos de aquella época, como yo, que pasen de los 14 lustros y que tengan el valor de hacerlo.

Me quiero referir, señor Director, a un artículo en la columna "La Tribuna" de "El País", publicado en dicho diario del viernes 29 de Junio último bajo el mote de "Ha caído un roble centenario"; por Carlos A. Pérez, Herrera, Pbro.

Dice el Padre Pérez Herrera, a quien de paso digo no tengo a honor el conocer, con todo el aplomo de quien refiere hechos históricos fehacientes: "En sus años mozos fue perseguido cuando los liberales perseguían a los curas para fusilarlos durante la guerra civil de los MIL DIAS". Declaro a fuer de cristiano, que, durante los días que milité en los Ejércitos revolucionarios liberales en el Istmo, que fueron la mayoría de los "mil días", jamás presencié, ni oí decir, que aquí, en tierra panameña, se hubiera fusilado, ni se intentara hacerlo, a ningún sacerdote católico.

Continúa el Reverendo Pérez Herrera:

"Algo podemos notar de estas palabras que envió el General Obregón al General Goytía, de Santiago de Veraguas, en donde el Padre Suárez era párroco: "A ese curita soberbio de Santiago, mándemelo para que pague "su soberbia" en la plaza de Aguadulce. Que las intenciones de Obregón eran serias lo dedujo el P. Suárez cuando supo que su colega el cura de Aguadulce, ya había pagado "su soberbia" siendo fusilado.

Vuelvo a declarar, en la misma forma que arriba, que yo me hallaba en Aguadulce, como Capitán Ayudante del entonces Comandante Estanislao Serrato B., —quien aún vive y reside en esta Capital— a la sazón Jefe del Escuadrón "Libres de Tonosí", cuando llegó de Chiriquí con su lujosa División de avanzada el General Pablo Emilio Obregón, y que permanecí ahí todo el tiempo que dicho General ocupó esa plaza, hasta cuando hizo una excursión a Las Tablas en donde halló muerte trágica, asesinado por uno de sus ordenanzas. Durante este lapso de tiempo, yo no ví ni oí decir que se hubiera fusilado en Aguadulce a ningún cura!.... Que lo diga alguno de mis contemporáneos, compañeros de armas, que aún existen.

Poseo el escalafón completo de los Generales, Coroneles y demás Jefes inferiores del Ejército del General Benjamín Herrera, y no hallo allí ningún "General Goytía". Yo conocí, y lo traté mucho de cerca, a don Juan E. Goytía, miembro destacado de la juventud veragüense, desde la campaña del Doctor Porras en 1900, en los días de "La Negra Vieja". Era él, Capitán Ayudante del Doctor, quien lo tenía con mucha estimación por sus dotes de caballerosidad, cultura y su valor a toda prueba; pero no era de madera apropiada para convertirse en lobo sanguinario devorador de curas! Más tarde, en 1902, lo volví a ver, en pleno sitio de Aguadulce, hecho un "Coronel Ayudante de la Dirección". No hubo, pues el tal "General Goytía" que recibiera semejantes órdenes de Obregón.

Durante mis andanzas, que fueron duras y largas por casi todos los pueblos a lo largo del país, conocí y traté a varios curas de esos pueblos, quienes gozaban del respeto y aprecio a que eran acreedores, entre los cuales puede recordar, al través del tiempo: al Padre Henríquez, de La Chorrera; Amable Generoso Franco y Leal, de Capira; Carles, de Penonomé; Melitón Martín y V., de Chitré; Estrada, de Santa María; Voladeras, de Remedios, y otros que se esconden en la noche de mis recuerdos, y a ninguno de ellos le oí expresiones de queja ni temor a "los liberales que buscaban a los curas para fusilarlos", según lo asevera hoy —al cabo de cincuenta años— que sucedía, el muy respetado —y talvez muy joven— sacerdote Carlos A. Pérez Herrera.

Mucho me ha costado el resolverme a trazar estas líneas, para desvirtuar una aseveración que, como he dicho tiene, sin ningún fundamento, visos de histórica, tanto por tratarse de una persona consagrada como discípulo de Nuestro Señor Jesucristo, quien era en SI el Símbolo de la VERDAD, como por mi habitual repugnancia a provocar ni entrar en polémicas con nadie.

Para terminar, quiero agregar que, además de mi absoluta seguridad de que en mi memoria no reposa el recuerdo de haber visto, ni oído decir siquiera que durante la guerra de los "Mil Días", se hubiera fusilado aquí a ningún sacer-

dote, quiero referirme a las diversas "Historias", "Memorias", Relatos y Episodios publicados por distintos autores, de uno y otro bando (algunos apasionados en contra nuestra) y en ninguno de los que he leído, y poseo, se dice que tales hechos nefandos hayan sucedido. Conte, pues.

Soy de Ud., señor Director, muy agradecido servidor y amigo,

M. F. ARAUZ

UNA REPRODUCCION OPORTUNA

Con motivo de cumplirse, hoy 8 de Junio de 1950, el primer cincuentenario del memorable combate de "La Negra Vieja", nos permitimos reproducir el artículo que, bajo el rubro de "LA JORNADA DE LA NEGRA VIEJA", vio la luz en este mismo periódico el Domingo 10 de Junio de 1945, rememorando aquel acontecimiento, al cumplirse los 45 años de acaecido. Hoy, al vencerse los 10 lustros —50 años— pues, lo volvemos a publicar, como un homenaje de respeto a los caídos, y un recuerdo a los compañeros de armas, que aún sobreviven, junto con nuestro saludo cordial.

M. F. ARAUZ

LA JORNADA DE "LA NEGRA VIEJA"

por Mateo F. Araúz

"Nueve lustros —45 años justos— se cumplen hoy de aquel hecho de armas, cuyo recuerdo, como el de uno de los que asistimos a él, se conserva vivo en nuestra memoria; y ese recuerdo bien merece refrescarse."

"Era, ésa, la época de nuestra vida, cuando todas las manifestaciones exteriores más notables e impresionantes se imprimían en nuestra alma —como en plancha estereotípica— con caracteres imperecederos; era la época de nuestra florida juventud, cuando nuestro espíritu de liberal convencido, nutrido con las enseñanzas de las aulas y fortalecido con el ejemplo de los HOMBRES de entonces, luchadores constantes y entusiastas por la Causa Liberal, nos impulsaron a concurrir, como a muchísimos otros, desinteresadamente, al "toque de llamada", y rodear el rojo pendón que "a todos los vientos" hacía flamear el "viejo luchador" General Gabriel Vargas Santos y del cual fue porta-estandarte avanzado el Gran General Rafael Uribe Uribe!...." Eran los comienzos de la gran Guerra Civil colombiana —1899-1902— que ha pasado a la historia bajo el mote de la "guerra de los Mil Días."

Aquí en el Istmo —todo Dios lo sabe— tocó al gran Caudillo, Doctor Belisario Porras, dirigir la invasión que, con el apoyo ostensible del General José Santos Zelaya, desembarcó en el extremo occidental del país, y avanzó triunfante hasta las puertas de esta capital, en donde se estrelló y fracasó ruidosamente!... Los detalles de aquella catástrofe son harto conocidos y no es necesario referirlos aquí, toda vez que el mismo Doctor Porras, en sus "Memorias de las Campañas del Istmo", lo ha hecho con lujo de detalles y su estilo magistral. Además, varios otros compatriotas, basándose en relatos y referencias más o menos exactos y veraces, han venido, de tiempo en tiempo, haciendo publicaciones de aquellos sucesos, que tan poco interés parecen ya despertar en los actuales tiempos cuando las modernas generaciones, un tanto incrédulas y desconfiadas respecto de los hechos del pasado, miran el porvenir a través de prismas distintos de cómo los veíamos nosotros que vivíamos días de desasosiego e inquietud, privados de libertad política y soportando el peso oprobioso del régimen de la tiranía regeneradora; nosotros, que creíamos en la pureza de los ideales, no vacilábamos en ir detrás de los "Caudillos" a jugarnos la vida en los campos de muerte, cada vez que el clarín nos llamaba a defender aquellos Principios que nos parecían sagrados."

"Hoy, aquí, aquellos "Principios" han venido a menos, muy a menos, a través de los vaivenes políticos, y cada cual tira hacia su lado, a donde mejor le conviene! Ya no hay "Caudillos", ni tampoco "quijotes" —como nosotros— pero, si la ocasión se volviera a presentar, retrotrayendo el pasado, de seguro que no vacilaríamos en volver a aquellos senderos que, al través del tiempo, nos parecen gloriosos!"

"Sirva, pues, esta casi incoherente introducción, como un pretexto para hacer un pequeño recuerdo —al vencerse los 45 años— de ese combate sangriento del cual tomamos parte, desde el principio hasta el fin, librado en Bejuco en el lugar de "Las Paredes" o "La Negra Vieja", el día 8 de junio de 1900".

"No es nuestro intento, el hacer una descripción detallada del combate; no, ello requeriría, además de pluma fe-

cunda y capacitada, muchas columnas, espacio de que no sería posible disponer, habida consideración de la benevolencia que se nos concede."

"El combate de "La Negra Vieja", fue sin duda uno de los más famosos que se libraron durante aquella contienda. Su duración fue de 12 horas justas, pues los primeros disparos entre las avanzadas comenzaron desde las 4 de la mañana, viniendo a generalizarse la lucha con el avance incontenible de esas aguerridas fuerzas del Gobierno, a las 7, y las últimas descargas de esas mismas fuerzas en completa retirada, se efectuaron a las 4 de la tarde. El ataque a las posiciones de los revolucionarios, fue muy bien dirigido y las tropas de ambos bandos atacaron y defendieron con inusitado valor y entusiasmo. En ningún momento se dejó de escuchar —en medio del tronar de los cañones y la fusilería— los gritos de "viva!" a sus respectivos batallones. Los revolucionarios defendieron sus puestos (defensas naturales, pues no hubo trincheras) con gran coraje, llegando un momento cuando el enemigo, el "Medio Batallón Ulloa", llegó hasta las posiciones del "Azuero", en el propio cerro de "La Negra Vieja", perdiendo aquéllos la acción y dejando en manos de los nuestros su bandera!...."

"Los bravos soldados —negros caucanos— del "Quinto de Cali", atacaron violentamente la Pared derecha, en donde se hallaba parte del "Libres de Chiriquí", al mando del sereno y valeroso Coronel Manuel Quintero V., y casi a punto de hacerles desalojar la posición, los chiricanos contra atacaron y arrojaron a los caucanos, causándoles gran número de bajas."

"La llamada "Caballería" nuestra, compuesta de sólo ochenta (más o menos) jinetes, al mando del Capitán David Juliao fue echada contra las fuerzas del "Colombia" en momentos en que este batallón hacía una incursión por el centro; en pleno camino real. La mayor parte fueron desmontados por el fuego certero del enemigo, y muchos quedaron heridos inclusive el Jefe Juliao. Este incidente fatal privó a nuestro Ejército de perseguir a las huestes derrotadas, y por eso pu-

dieron reorganizarse aún a la vista de nosotros y retirarse en orden."

"A nuestra vista se efectuaron varios actos de arrojo y valentía. Uno de éllos fue el del Teniente Vianor Bellido, quien, en compañía de otros Oficiales, se lanzó a caballo, a todo correr, contra un pelotón de soldados que manejaban un cañón que nos hacía mucho daño, poniéndolos en fuga con cañón y todo. Esta hazaña le valió a este amigo una citación honorífica del General Herrera y un ascenso. Fueron muchos los jóvenes que se distinguieron por su valor en el combate. Yo estuve cerca del Coronel Quintero, cuando oí que le dijo a uno que estaba a poca distancia de él: "Mire, Mayor, usted está herido en la cara!" El sujeto se pasó la mano por la mejilla y notó la sangre que le corría. Cayó en seguida al suelo, a los pies del Coronel, quien corrió a auxiliarlo. Tenía dos heridas: la de la cara, bajo el pómulo derecho que le salió atrás del cuello, y otra que le había entrado por el lado derecho del pecho y le atravesó el pulmón. Era éste el Mayor Lubín Manrique. Llevado a la Ambulancia, curó y siguió viviendo y pocos meses después, siendo ambos emigrados en Guayaquil, le ví mostrar con orgullo sus dos cicatrices."

"Por doquiera que el Doctor Porras pasaba, era aclamado con entusiasmo. De las principales poblaciones recibía auxilios de todo género y los jóvenes corrían a enrolarse en las filas del "Ejército Restaurador". Jóvenes liberales de lo más granado así como muchos de familias de raigambre conservadora, se convertían en partidarios, y no vacilaban en ocupar los puestos que se les designara. De Santiago de Veraguas, cuna del Conservatismo Istmeño, se le adhirieron: Rogelio de Fábrega, Luis García Fábrega, José Manuel López Urrutia y varios otros de estirpe conservadora. Uno de sus más queridos ayudantes, era el Capitán Juan Goytía, tipo del caballero leal. Valiente, se le podía muy bien haber llamado como aquel de que nos habla la Historia de la Edad Media, "Juan sin Miedo". Todos los nombrados, se batieron, en sus respectivos puestos, con denuedo y valentía. Si hubo un triunfo legítimo y bien ganado, fue ése: el de "La Negra Vieja".

"Para terminar, voy a nombrar los pocos sobrevivientes que aún existen, que sepamos. El General Manuel Quintero V., figura querida y gloriosa del Liberalismo y de la Patria, ya en edad muy avanzada; el Teniente Coronel Vianor Bellido, Alfredo Patiño, Justo R. Casaria, Eduardo de la Guardia, Abanderado del "Robles", quien se batió con denuedo en el combate de Corozal, y reside desde años há en Puntarenas, Costa Rica; Juan y Alcibíades Arosemena Q., jóvenes aún en su temprana adolescencia, no ocupaban puestos en las filas militares, pero sí desempeñaban cargos civiles en la Oficina del Doctor Porras, en compañía de "Cucho" Alvarado, Pedro Antonio Maytín y otros jóvenes distinguidos. Los jóvenes Arosemena andaban en compañía de su tío, el valiente Coronel Ignacio Quinzada, que ocupaba el alto cargo de Jefe de Estado Mayor de la Segunda División del Ejército, puesto con que le distinguió el Doctor Porras. Tal vez haya muchos otros sobrevivientes de ese combate en todo el país, pero yo lo ignoro y me duele el dejar de mencionarlos; pero lo que sí puede ser cierto es que, al vencerse el medio siglo, en 1950, ya no existiremos ninguno o si acaso unos cuantos!...."

"Como en todas las ocasiones de la vida no faltan siempre espíritus dispuestos, cún tratándose de acontecimientos como estos de guerra, a tomar las cosas por el lado alegre y divertido. Por eso, en medio de las luchas, no faltaban miembros dispuestos al jolgorio, al canto, al baile y al placer. Así pues, entre la Oficialidad había algunos que no desperdiciaban ocasión para dar serenatas, y organizar fiestas en donde cantaban, al compás de guitarras, mandolinas, etc., las canciones más populares de la época. Entre éstas la que más se solía escuchar por doquiera era aquella que se titula: "CANCION DEL SOLDADO", cuya copia aún conservamos.

Dice así:

"Adiós, adiós, lucero de mis noches,
dijo un soldado al pie de una ventana;
me voy, pero no llores alma mía,
que volveré mañana....

"Ya se asoma la estrella de la aurora
Ya se divisa en el oriente el alba,
Y en mi cuartel, tambores y cornetas,
Están tocando dianas!....

"Alguna cosa dijo el centinela
poco antes de morir, dejo, en voz baja;
Soltó luego el fusil, cerró los ojos,
Y se enjugó una lágrima!...."

"Horas después, cuando la negra noche
Tiñó de luto el campo de batalla,
A la luz de un vivac pálido y triste
Un joven expiraba!...."

"Y cuentan por doquier, gentes medrosas,
Que cuando asoma en el oriente el alba,
En el cuartel, cornetas y tambores,
Están tocando dianas!...."

"Se ve vagar la misteriosa sombra,
que se detiene al pie de la ventana
Y murmura: "no llores, alma mía
Que volveré mañana!...."

"Panamá, Junio 8 de 1945."

Y, hoy, después de transcurridos los 50 años, y al echar una mirada retrospectiva, sentimos bullir en nuestra alma los mismos entusiasmos y afectos por aquellos principios liberales colombianos —en su más prístino significado— que nos impulsara entónces, como jóvenes inexpertos, recién egresados de las aulas, a concurrir, con entusiasmo febril a ocupar puesto en las filas como defensores del Ideal, que tan caro nos era, y nos es aún, a despecho de los cambios y adulteraciones que, al correr de los años, se han efectuado en esas filas, formadas a retazos con nombres de "liberal", pero con APELLIDOS, bajo distintos "líderes" o cabecillas —algunos de "dudosa ortografía", —del mal llamado "Partido Liberal", y es, por eso, por lo que nos encontramos hoy.... así, como lo estamos viendo....

Y todo esto sucede en verdad, porque no ha surgido aún la figura prestigiosa y simpática —un Lleras Camargo, por ejemplo— que inspire confianza y levante el tradicional emblema —el rojo pendón— y llame a las dispersas huestes a cobijarse bajo sus pliegues reivindicadores! Se necesita, con toda urgencia, el "líder" que reúna las virtudes ciudadanas indispensables y que tenga por norte elevadas aspiraciones por la Causa, y propenda a echar las bases de su compactación, sin pensar, como lo han hecho hasta aquí los llamados "Jefes", solamente en las dulzuras y supremacías que brinda el "Palacio de las Garzas!...."

De ahí, pues, que, desde tiempo há, veamos marchar, sin poderlo remediar, a nuestro histórico Partido, como el buque al garete, cabeceando al vaivén de los mares procelosos de los desaciertos, errores y las incomprensiones políticas, sin brújula que le guíe ni timón que le gobierne.

Pero esto no significa, no puede tomarse como un hecho incontrovertible, de que el espíritu liberal haya sucumbido, aquí, bajo el arrollamiento de fuerzas compulsivas aparentemente "superiores"; no y no! El Partido Liberal como factor decisivo en la vida progresiva de la República, ha jugado papel asaz importante; pues, desde el mismo momento en que los creadores de la nueva nacionalidad —LOADOS SEAN!— descorrieron el velo que la ocultaba, los prohombres del Liberalismo, y tras de éllos el pueblo liberal en masa, acudieron a acuerparlos, sin la menor reserva, dando así resultado a que se completara la sagrada unión, cuya solución de continuidad, ha sufrido rotura, solamente, en las épocas de inquietudes de renovación eleccionaria; quedando siempre de relieve la preponderancia y fuerza pujante del Credo Liberal!.... Esto es evidente y negarlo será tratar de tapar el sol con la mano.

En el corazón del pueblo panameño junto con los nombres de los próceres, se hallan anidados los de: Arosemena, Díaz, Mendozas, Ortegas, Morales, Patiños, Ycazas, Aizpurus, Tejadas, Aguileras, Neiras, Sánchez, Botellos, Valdeses, Acevedos, Clements, Rangeles, Justinianis, Quinzadas, Quinteros,

etc., etc., y toda una legión más de liberales probados todos en los diversos campos de las actividades ciudadanas, que entraron de lleno a cooperar en la formación del nuevo estado: NUESTRA QUERIDA PATRIA PANAMEÑA.

De suerte que, para completar este pequeño bosquejo, cabe dar por cierto, y ello es así, salvo prueba en contrario, que si hoy tenemos, como los hay, de la era post-republicana hombres capacitados en todos los ramos del saber, es decir: Abogados, Médicos, Ingenieros, Profesores y Científicos, así como Poetas y Escritores de fuste es porque el gérmen liberal, y no la "generación espontánea", —para usar la metáfora— les sirvió de vehículo fácil y savia fecundante y bienhechora para nutrir sus cerebros y llegar a coronar sus anheladas aspiraciones!....

El Sitio; (Juan Díaz), Junio 8 de 1950.—

NOTA.—Quiero explicar que he manifestado todo lo anterior, sólo por cumplir el pensamiento externado arriba de "echar una mirada retrospectiva" a un pasado histórico, y no teniendo en mientes el referirme a la situación política activa y desvinculado de cualquier grupo o partido de los existentes, con ADITAMENTOS o no; pero que he sido y lo probé en mis años juveniles, y que lo seré, liberal, hasta que, dada mi avanzada edad, —que será no muy distante— baje a la tumba.

M. F. A.

Fecha UT-SUPRA.

Cuadros de la Guerra Civil del Año de 1900

El Sargento Silvera -- El Soldadito Aguilar

El Sargento Mnetes

El 10 de Junio de 1900, dos días después del combate de Bejuco, el autor de la presente crónica, tuvo oportunidad de presenciar uno de esos casos que, por lo hondamente impresionantes, dejan huella imborrable en el alma y viven para siempre en el recuerdo.

Terminada la lucha en la tarde del día 8, con la huída del enemigo, muchos de nosotros --los vencedores— nos dedicamos a explorar el campo de batalla, dando por resultado la adquisición de algunos trofeos de guerra, abandonados por los fugitivos.

Yo tuve la suerte de hallarme, tirado a la orilla de una zanja, un hermoso y fino revólver, calibre 44, cacha de pistola, nítidamente empavonado y completamente nuevo, sin cápsulas. Posiblemente era el arma de algún oficial, quien lo tiró ahí para aligerar su cuerpo, o se le cayó en la huída....

Fué, pues, con el objeto de entregar ese revólver al Estado Mayor, luego de meditar que siendo yo apenas un soldado raso voluntario, no me sería dable portarlo, además de que carecía de cápsulas y sería difícil conseguirlas, que pedí permiso al Jefe del retén, en el entonces camino real, cerca de Sajalices, en donde, como puesto de avanzada, se nos había destinado desde la misma noche del combate, para ir a Bejuco. Obtenido el permiso, me encaminé, a pié —una distancia como de tres millas— hacia allá.

Yendo hacia Bejuco, después que se pasa por entre las dos colinas llamadas "Las Paredes", el camino torcía hacia la derecha, y, como a unos quinientos metros, hacía una cur-

va, para de ahí, hacia la izquierda, continuar en línea recta hasta llegar al entonces pequeño caserío mencionado. En el mismo ángulo de la curva, existía una sabaneta muy bonita, cubierta de árboles, entre los cuales sobresalía uno de nance muy frondoso. Cuando me hube aproximado a aquel lugar, llamó mi atención la presencia ahí de unas cuantas personas que se hallaban debajo del nance y, naturalmente, la curiosidad me hizo desviar mi marcha. Eran las ocho de la mañana, más o menos.

Mi sorpresa fué inmensa, cuando ví que la sombra de aquel árbol estaba sirviendo a manera de "Hospital de sangre", pues ahí se hallaban, alojados en plena sabana, tres hombres gravemente heridos en la anterior contienda. Eran ellos: dos, de la Revolución, uno del Gobierno. Los de la Revolución, eran: Julio Silvera, valiente muchacho chiricano, amigo mío de muchos años antes en David; primo hermano mayor de Didacio Silvera, amigo mío también muy apreciado, el Jurisconsulto chiricano, aquí radicado en la actualidad. Julio, liberal entusiasta, al igual de la mayoría de los jóvenes de nuestra generación, no vaciló en seguir en David con el Ejército Restaurador y fué enrolado en la Brigada de Artillería, con el grado de Sargento segundo. Luchando como bueno en Bejuco, su mala suerte quiso que una bala de reformado le alcanzara en la cabeza atravesándosela de banda a banda!.... No lo mató, pero lo dejó paralizado. Cuando yo llegué y lo ví tendido, boca arriba, con las piernas estiradas y juntas, los brazos extendidos a lo largo del cuerpo, inmóvil, como un polín, al reconocerlo, me causó una dolorosa sorpresa. Tenía la cabeza hinchadísima —parecía un hidrocéfalo— y los ojos desmesuradamente abiertos. Yo me le situé de frente hacia sus piés, y, recobrando compostura después del terrible choque, mirándole sonreí y le dije: "me conoces, Julio?".... El, entornó los párpados y los volvió a abrir, lo cual me dejó entender que estaba en sus cabales, pero no podía hablar! Pobrecito! exclamé para mí....

Me retiré y dirigí luego mi atención hacia el otro herido que yacía, en plena estepa, como a tres metros. Era éste un muchacho como de dieciocho años, también chiricano y asi-

blanco amarilloso, ojos hundidos y pelo muy negro y liso que le chorreaba sobre la amplia frente: de espíritu vivaz y enérgico, era el tipo clásico del soldado colombiano de esa época, valiente y aguerrido: estóico. Podría insinuarse que era del mismo acero en que habían sido fundidos los Esteban Huertas, Leoncio Tascón (recientemente fallecido) y Marco Antonio Salazar, para citar sólo tres de aquellos militares colombianos que aquí vinieron en la edad juvenil, y aquí formaron a base de disciplina, honor y abnegación esa personalidad que les hizo distinguirse en la lucha por los principios y las instituciones legales, cuya defensa les estaba encomendada, la misma que pusieron luego a la disposición de la causa de esta República. Casi todos han muerto; pero sus nombres son bien conocidos, y seguramente que la Historia —a su tiempo— consignará en sus páginas el recuerdo a que tienen derecho, como factores que fueron en los momentos decisivos de nuestra nacionalidad.

Vuelvo, pues a mi cuento (pero no "de Navidad", histórico).

El herido sentado, así descrito, era, pues, el Sargento Muetes, del Batallón Colombia. Frente a él, se hallaba una mujer mulata (era caucana), larga y delgada, pecho de paloma, enjuto, y espinazo tieso; una cerbatana, a guisa de pescuezo, sostenía una cabecita pelona; sus ojos eran grandes, repelados, colorados y de mirar agresivo. La reconocí, al verla, asimismo: era "la Culebra Parada".... La apodaban así, tanto por su aspecto físico y su talante, como porque siempre estaba preparada, con el insulto a flor de lengua, para contestar a cualquiera que la molestara. Era, élla, la mujer de Muetes, su "guaricha", como eran llamadas las mujeres de los soldados. Alguien dijo de éllas que eran "los Angeles del Batallón", pues que seguían a éste doquiera fueran sus maridos, y que en todos los trances, ahí estaban listas para auxiliarlos.

La mujer esa había acompañado a su marido hasta el combate; y, al no verlo regresar con las fuerzas derrotadas, fuese en su busca y penetrando en el campamento enemigo,

de manera resuelta, lo halló ya herido y prisionero, pues cayó muy cerca de las líneas nuestras, según supe.

En esos momentos de mi llegada, la ví con una totumita con agua fenicada en una mano y un algodón en la otra dispuesta para lavar la herida del Sargento. Acercándosele, oí que le dijo: "Alevántese, pues, para cura....aarlo". Muetes no se movió; parecía estar bravo! Luego, dirigiéndose a mí: "Mire *vusted* (usted) cómo me está insultá....aando!" —Como sabe usted, señora, que la está insultando si ese pobre hombre no puede hablar?", le repliqué. —"Sí", me respondió, "yo sé lo que me está diciendo con los o....oojos!" (Tenía la voz ahuecada y profunda y hablaba lenta, espaciosamente). Yo, entonces, un tanto conmovido, ante aquel cuadro desgarrador, me acerqué al Sargento y, tocándole por detrás aquellas esquinas que parecían hombros, le dije con suavidad: "Señor, levántese para que su señora lo pueda curar." Inmediatamente recogió aquellos dos remos que dije eran piernas estiradas, desdobló los dos brazasos y, apoyándose de sus manos con el suelo, se irguió, pero siempre manteniendo la enorme bocaza abierta y quedó de pié mirando al cielo. La mujer aquella —aquel "angel", diré?— se le acercó, no sin mostrar su tantico de recelo o temor, y como era tan alta como él, empezó a remojar con el algodón aquella cremallera de pedúnculos carnosos que antes fuera lengua, hasta que, intentando aplicarle el algodón para limpiarle, hubo de rozarle la herida. Ay!.... Un rugido, como un león, salió de la garganta de aquel hérce anónimo, de aquel valiente y noble luchador de una causa pobremente defendida en aquella memorable acción de armas!.... No pude más. Amilanado ante aquel espectáculo, ante aquel cuadro de horror y miseria, salí disparado a cumplir mi cometido. Al llegar al Estado Mayor, comuniqué lo que había visto y la honda impresión que me embargaba; entregué el arma y continué mi camino hasta Chame, al Cuartel General del Doctor Porras.

Cuando regresé, al mediodía, caballero en una mulita que me habían proporcionado, para que fuera y regresara del campamento, y mi despacho en el bolsillo, nombrado ese mismo día Subteniente Habilitado del Batallón, quise volver

a revisar los heridos del "Hospital" de la mañana; pero.... nadie estaba ahí ya. Reinaba el silencio y no me fué posible averiguar qué rumbo habían tomado los heridos. Después, supe que Julio y Aguilar murieron; Muetes, se salvó. Con su "dulce" compañera, la "Culebra Parada", fué trasladado a un pueblo en donde se curó y permaneció hasta que, finalizada aquella campaña, como es ya conocido, volvió, libre ya, a su puesto en el glorioso Batallón.

Allí lo halló la mañana del 3 de Noviembre de 1903, y, al verificarse la trascendental transformación política, y habiendo sus Jefes adoptado el nuevo Estado, Muetes, el héroe, silencioso, se transformó de hecho en "Soldado de la Independencia"; y cuando la paz y la tranquilidad reinó completamente, las fuerzas fueron licenciadas y la Ciudad pudo ver al nuevo ciudadano Muetes, al ex-Sargento valeroso, ir y venir por las calles, plazas y playas, en lucha incesante por su existencia, hasta que bajó a la tumba.... Cuándo?.... No lo sé, pero de seguro que se sabrá cuando alguien, piadosamente, lo saque —como a otros de sus compañeros— de las obscuras regiones del Olvido!....

Un Episodio de la Guerra de los Mil Días

El Combate de "LA YEGUALA"

La Ultima Hazaña del General Estéban Huertas

Concluído el sitio de Aguadulce, después de 27 días con sus noches, de incesante lucha, y luego de firmado el pacto de rendición —o capitulación— de parte del General Morales Berti, Jefe de las fuerzas sitiadas, y por el General Herrera, de las sitiadoras, el Ejército Liberal recibió orden de levantar toldas y disponerse a marchar hacia la capital.

El grueso de las tropas debería emprender la marcha por tierra. La división del General Buendía —la 4a. división acampada en "Pozo Azul" durante el sitio— fue ordenado que siguiera de avanzada, por mar, hacia el Puerto de La Chorrera. En esa División, se hallaba el Batallón Tiradores de Chiriquí, del cual yo formaba parte, como segundo jefe. "Memorias de la Guerra de los Mil Días" del General Lucas Caballero, página 335). En el Puerto de Aguadulce, nos aguardaba, para embarcarnos, una flotilla de dos buques de guerra y 3 transportes: "La Boyacá", el vaporcito "Cauca", armados, y tres veleros: "El Colombia", de tres mástiles y los pailebotes "Mariscal Sucre" y "El Libertador". Parte de mi batallón —unos ciento cincuenta hombres— conmigo de Jefe, fue embarcado en el último de los buques nombrados; el resto de las tropas iba en los otros dos buques y en "La Boyacá", y algunos oficiales en el "Cauca".

Excuso el relatar cómo fue efectuado el embarque de dicha expedición, porque sería largo y cansado y de poco provecho. Baste decir que, a las cinco de la mañana en un día, a principios de septiembre de 1902, emprendimos la marcha, a pie, desde Pozo Azul hacia el Puerto; que tras muchas dificultades, con el lodo a la rodilla, cruzando corrales de

ganado, pudimos abordar los buques y salir, estero abajo, como a las 11 a. m., cuando la marea repuntaba ya a vaciar; que en el trayecto los buques al remolque "El Colombia" y "Mariscal Sucre" de "La Boyacá" y el "Libertador", del vaporcito "Cauca", sufrieron muchos contratiempos, pues, al virar en los recodos del estero, llamados "tornos" por los navegantes de ahí, careciendo de control de manejo, se iban de proa contra el barranco y los manglares, etc., etc.

En "La Boyacá" iba, además, un grupo de Generales, Jefes y Oficiales, miembros de Estados Mayores de varias Divisiones, que iban adelante para encontrarse en La Chorrera con sus respectivos Cuerpos que irían por tierra. El Comandante de la cañonera "Boyacá", lo era el General Pablo E. Morales, a quien acompañaban el General Antonio Papi Aizpuru, el Coronel Carlos Clement y otros Jefes cuyos nombres he olvidado en tantos años. Jefe de la expedición, el General Federico Barrera, y de la guarnición de la "Boyacá", el denodado Comandante Estanislao Serrato B., Primer Jefe del Batallón "Córdoba".

Al salir a la "Bocana", se aminoró la marcha, pues, como la marea estaba en reflujo, era peligroso aventurarse a traspasar la barrera sin cerciorarse de la profundidad, y la "Boyacá" iba haciendo sondajes. Afortunadamente, pudimos pasar sin novedad y salimos libremente al mar. Este estaba de lo más tranquilo y un viento suave del Oeste refrescaba el ambiente. El cielo estaba limpio y el sol brillaba con sublime esplendidez... Contentos íbamos los felices expedicionarios. Cada quien anhelaba llegar a su destino y nadie sospechaba que la sorpresa nos esperaba "detrás de la puerta". Habíamos pasado ya frente al farallón de Chirú y penetrado en la llamada "Ensenada de Yeguala" (hoy de "Nueva Gorgona"); el sol se aproximaba ya al ocaso, sus rayos, casi horizontales, herían nuestros pupilas —marchábamos rumbo al Oeste— reinaba el silencio, una inmutable calma...!

De súbito...! esa calma, ese silencio, fueron interrumpidos por la detonación de un cañonazo lanzado desde la Punta de Chame...! Y, tras éste, otro, otro...! Era el "Chucuito" que nos atacaba. Al principio, sólo un punto negro se divisaba

en el horizonte, y, a cada disparo, el fulgor o reflejo de los cañonazos. Minutos después, a medida que avanzaba hacia nosotros, pudimos distinguirlo bien con nuestros propios ojos (carecíamos de anteojos de larga vista) y pudimos observar cómo disparaba con el cañón de proa y enseguida reviraba para bombardearnos con el de popa.

Nuestras dos naves de escolta se aprestaron a la lucha tan inesperada como sorpresiva; cortaron los respectivos remolques, quedando nuestro "Libertador" y el "Mariscal Sucre", al garete. El "Colombia", izó sus tres velas y empezó a tirar *bordadas;* poco después hubo de arriarlas, pues estaba sirviendo de blanco seguro al enemigo. Tanto el *Libertador* como el *Sucre,* estaban desmantelados; carecían de velámen; las del nuestro, iban en la bodega, dobladas; tampoco teníamos ancla ni cadena, pero ni un remo siquiera; sólo unas cuantas varas de mangle, largas, llamadas "palancas" para empujar la nave en lugares poco profundos; así, pues.... quedamos al azar, y en aquellos momentos peligrosos, difíciles!

La "Boyacá", libre ya, comenzó a disparar a distancia considerable, con sus cañones poderosos, fallando todos sus disparos. El "Chucuito", valientemente, se acercó más y pareció concentrar sus fuegos de élla, y, con un certero disparo, logró desmontarle el cañón de proa; el crucero viró para contestar con el de popa, pero sufrió igual suerte y nuestra nave Capitana quedó indefensa, pues sus dos cañones principales habían sido inutilizados; y, no sólo eso: el aparato de gobierno de proa, fue descompuesto, pues el barco se movía con dificultad, sin rumbo fijo, a bordo se notaba gran excitación.

Después, esporádicamente, sólo descargos de fusilería y ametralladora se escuchaban, de las cuales sólo el eco llegaría al enemigo. A todo esto, el "Cauca" —un cascarón de nuez— con su solo cañón de dos pulgadas en proa, continuó avanzando y disparando contra el buque enemigo, manteniéndole a distancia, sin recibir ninguna avería ni baja en el personal. El "Chucuito" se batía ya en retirada —supusimos que por agotamiento de municiones— y el "Cauca" se

le fue encima....! En el período álgido de la batalla, repartía su ataque contra todas las naves. Muy cerca de la nuestra cayeron al agua varias granadas y algunas pasaron, como gatos maullando, por entre los mástiles, a poca altura.

A excepción de la "Boyacá", ninguna de nuestras naves recibió avería ni baja. El último disparo —el 101— lo hizo el valiente buquecito, ya casi a obscuras, pues las sombras de la noche tendían su manto sobre aquel episodio épico y heroico...! Porque, si es verdad que en esa batalla no entraron grandes factores de fuerza y destrucción —como los hay hoy— la falta de elementos de defensa, también hacían más arriesgados los movimientos e insegura la vida, y hacía que el valor y el heroísmo fueran más notables. Morir ahogado por efecto de un torpedo submarino o aéreo o por una bomba de acorazado, es lo mismo que haber sucumbido por efecto de una de las granadas disparadas por el diminuto "Chucuito", ninguna de las cuales —por inmensa fortuna— hizo blanco en ninguno de nuestros frágiles bajeles, atestados de guerreros indefensos....!

EPILOGO

Disipado el eco del cañoneo y arropados por los pliegues del manto negro de la noche, quedamos los asombrados tripulantes de aquella nave al garete, haciendo los más extraños comentarios acerca del drama trágico y sombrío que se había desarrollado tan cerca, ante nuestras atónitas miradas!

Nuesira situación, si no desesperante por el momento, era problemática. Carecíamos de medios de comunicación y de elementos para dirigir la nave hacia ningún lado; pedir auxilio.... cómo....? Sin tomar determinación, pues, estuvimos a merced de las olas, hasta que, como a las 8 de la noche, un pequeño bote de remos enviado por nuestro comando se acercó y nos comunicó la orden de que desembarcáramos en las cercanas playas de Yeguala. Pero, cómo podríamos cumplir aquella orden inopinada....? Ante tal imposibilidad, le pedí al bote que nos remolcara hacia la orilla, a la cual se negó rotundamente el jefe, alegando que tenían orden de regresarse enseguida. Viendo yo que en efecto se alejaba a todo remo, ordené a mis soldados calzar sus rifles y, ante

la amenaza de dispararles si no obedecían, retrocedieron y se pegaron al costado de mi barco. Los hice subir, y, tripulando el bote con gente mía, dimos comienzo a la improba tarea de remolque; y, luego de no poca brega, llegamos no muy lejos de la orilla. No deseando demorarlos más, dejé a los hombres irse con su bote. Pero resultó que, debido a la resaca, el buque se nos volvió a alejar y las palancas no alcanzaban.... mas, aconteció lo de siempre; que cuando la mano del hombre falla, acude la de la Providencia, o, parodiando al gran Darío —"porque en TODO existe Dios"— una ola magnánima levantó nuestro barco y —de un empujón— lo condujo, de popa, hacia la playa con tal fuerza, que el timón dió un crujido y la nave se fué hacia un costado....! *¡Eran las dos de la mañana!*

Lo demás, ya puede suponerse; nos lanzamos a tierra, con el agua arriba de la cintura y procedimos a sacar, ante todo, las cuarenta cajas de parque que llevábamos, algunos sacos de sal y una pipa de agua. Víveres....? no los había, para qué; *no los necesitábamos*, pues "íbamos" para La Chorrera....!

Al día siguiente pudimos enterarnos de algunos detalles escasos. Que la Boyacá, hubo de ser remolcada por el "Cauca" hacia San Carlos, lo mismo que el "Sucre"; el "Colombia" pudo arribar con sus velas; que en la Boyacá, además de averías, tuvo muertos y heridos, cuyo número no se llegó a determinar, pues jamás vimos el parte oficial.

Fue ésta la última acción librada entre nosotros los revolucionarios liberales y el Gobierno conservador colombiano. El triunfo, indiscutiblemente, estuvo del lado del "heroico "Manco de Tumaco", siendo esa su última HAZAÑA durante la guerra civil colombiana. Ya se sobe: trato del Benemérito General *Esteban Huertas*, cuyo nombre es hoy, para nosotros los istmeños, motivo de veneración; él mismo, que, un año después, puso su impoluta, prestigiosa espada, para salvar los Destinos de un pueblo que hoy goza del respeto y el aprecio del Orbe, gracias a su VALOR y su HEROÍSMO!

Panamá, diciembre, 1942.